

# GALICIA

REVISTA REGIONAL

---

D. PEDRO DE JUNCO

—



JUNCO (D. Pedro), Arcediano de Deza y Canónigo de la Santa Iglesia de Lugo y muy amigo del P. Vivar: „escribió un tratado curioso de las *Armas de Astorga*.„

Esto dice D. José Pardiñas Villalovos del personaje cuyo nombre encabeza estas líneas, en su *Breve Compendio de los Varones ilustres de Galicia*, sacado á luz por el diligente editor de la *Biblioteca Gallega*. No sé si en la *Historia de Lugo*, de Pallares, que cita Pardiñas y no tengo á la mano, se dirá dónde nació el ilustre canónigo lucense. Sea como quiera, no estará demás advertir que no fué en Lugo, como pudiera creerse, sino en Astorga, donde radicaba el solar de su familia. Fué ésta tan noble como dilatada, á juzgar por las inscripciones sepulcrales que se conservan en una capilla del grandioso templo ojival de San Francisco, de Astorga, restaurado, poco há, por los PP. Redentoristas. En ella vense, en una de las paredes, dos ojivas gemelas, hoy rellenas, que debieron de cobijar los sepulcros de los Juncos fundadores, y en otra, el escudo de armas de la familia, formado de un

solo cuartel, en el cual, sobre una flor de cardo, se ostenta un águila rampante, surmontada por una flor de lis, y, debajo, la siguiente inscripción:

Nobilium Juncorum ossa  
Hic reposit mors exosa  
Aliam vitam sunt exorsa  
Deprecare sit gloriosa.

En el suelo hay dos lápidas sepulcrales con el escudo en hermoso relieve, y largas inscripciones, en las cuales se hace mención de individuos de la familia, que fueron Canónigos, Regidores, Capitanes, Gobernadores de plazas en Nápoles, Abadesas, etc. Una de ellas dice así: "Sepultura de los nobles „Pedro de Junco y Doña Ana Morán, su mujer. Fueron sus „hijos: Hernando de Junco, Arcediano del Vierzo y Canónigo; Blas Antonio de Junco, Canónigo; Ruy Diez de Junco, „Regidor de esta ciudad; *Pedro de Junco, Arcediano de Deza* „y *Canónigo de Lugo*; Doña Gerónima de Junco, monja Abadesa en el convento de Carrizo, y Doña Catalina de Junco, „en el de Villoria. Dios les dé su gloria."

Pudiera suceder, sin embargo, que el tal don Pedro, aunque oriundo de Astorga, hubiese nacido accidentalmente en Galicia; pero la dedicatoria del libro, que menciona Pardiñas, no deja lugar á duda. De la primera edición de esta rarísima obra, titulada *Fundación, nombres y armas de la ciudad de Astorga*, impresa en Pamplona por Martín de Labayen, impresor del Reino de Navarra, en el año de 1635, poseo un ejemplar perfectamente conservado. (1) Dedicála su autor á la Magnífica y Augusta ciudad de Astorga, y después de encarecer el amor á la patria y de exponer las razones que le movieron á ilustrar los oscuros orígenes de la suya, termina diciendo: "A. V. S., como padres de ella, Gobernadores y „defensores suyos, yo hijo, humilde Junco,..... suplico se reciba el afecto por efecto, hasta que otro, no con mayor voluntad, si con mayor ingenio y con mayor noticia, ofrezca „mayor servicio, para mayor memoria, mayor honra, mayor lustre y mayor gloria de nuestra Astorga y patria que Dios „prosperé."

Mas, aunque Junco nació en la ciudad á que Augusto dió su nombre y Plinio apellidó *Magnífica*, bien pudo Pardiñas contarle entre los varones ilustres de Galicia, donde, á más

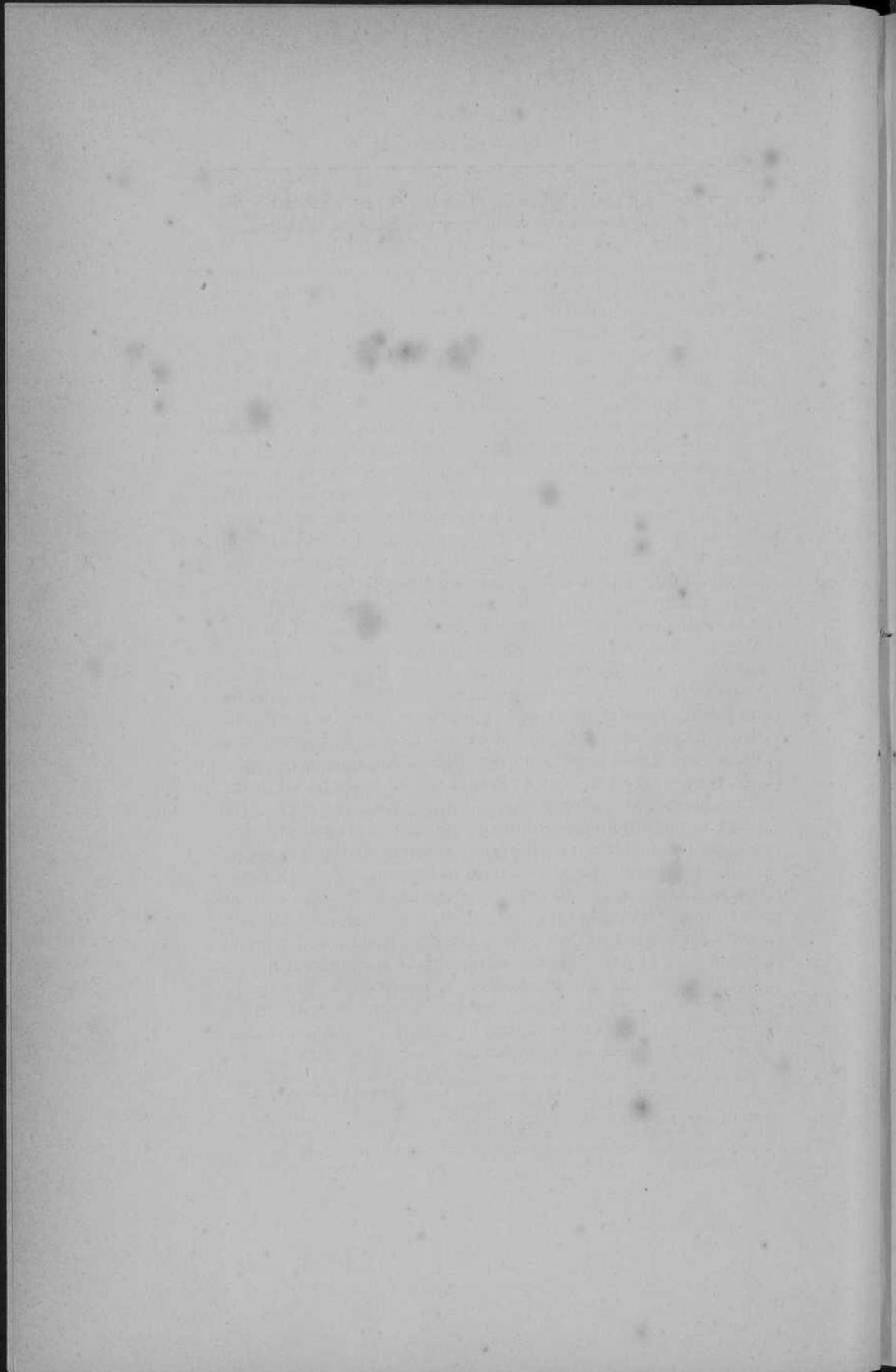
(1) En 1639 el citado Labayen reimprimió este libro en Pamplona y, en el mismo año, lo hizo en Madrid, Pedro Laso, Mercader de libros.

de ocupar un puesto preeminente, brilló por su saber y virtudes, como lo atestiguan las encomiásticas felicitaciones que se le dirigieron con motivo de la publicación de su obra, de las cuales se desprende que era insigne jurisconsulto: *Themidis laurea claros inter Prolytas in primis decoratum*, como dice pomposamente uno de sus panegiristas.

Parece, no obstante, que más que á la ciencia de Themis, hubo de consagrarse á la de Clio, por cuanto, además de la obra antes citada, escribió otra, no menos curiosa é interesante, acerca del *Origen de las armas y sellos de los Reyes de España*, que, por desgracia, se ha perdido; pues de ella sólo se sabe, que á la muerte de su autor, acaecida en 1652, fué á parar á manos de un presbítero de su familia, llamado D. Pedro García de Sorriba, que no se cuidó de imprimirla.

Y aquí haría punto final, si la circunstancia de destinar estos apuntes á una Revista que, como el fenix de la fábula, renace de sus cenizas, para avivar el fuego sagrado del regionalismo gallego, no me indujese á terminarlos con las hermosas palabras que el ilustre Arcediano consagra á la patria, en la dedicatoria arriba mencionada. Helas aquí: "El hombre „ama su patria, y todo viviente vivir largas edades donde co- „menzó la vida. Esa es su patria: la tierra en que uno nace, „es padre y madre, deudos y parientes, amigos y vecinos, to- „do junto. Y así la tiene cada uno amor, como á patria ma- „dre, sin que repare alguno si es buena ó mala tierra, gran- „de ó pequeño el pueblo en que nació, Amámosla por pro- „pia, no por grande. Una es la obligación de todos en su de- „fensa, aumento, lustre y gloria. Porque ella de todos es tan „propia, que muchos, no pudiendo decir *mi casa* ni *mi capa*, „y algunos sin tener en ella otra cosa que el derecho de pi- „sarla, ó el polvo que de pisarla se les pega, pueden decir, „como si fuera suya, *mi tierra*, á boca llena. Porque es toda „de todos, y de cada uno toda; y cada uno es todo de ella, „hasta dar la vida por su patria. Después de Dios, la primera „obligación, la patria. Debe anteponerla el padre al hijo, y „éste preferirla al propio padre. Y más que á sus hijos ha „de querer el Rey la patria. No hay tan gran peligro, que „por el bien de ella deba huírle el sabio; y así digo: *El mal „para mí, y el bien para mi patria.*„

MARCELO MACÍAS.





## AL TRAVÉS DE GALICIA <sup>(1)</sup>

UE si se van? No á la deshilada, sino en pelotones, no á docenas, sino á millares emigran estos infelices campesinos gallegos; la enorme cifra de los expatriados se acrece pavorosamente; no hay buque que zarpe de éstas, que serían alegres playas si no sirviesen de marco á tantos infortunios, que no se lleve toda una tribu de desesperados y de hambrientos; en la choza, donde hincó sus garras el fisco, no queda quien lllore sus ausencias, ni quien aguarde el regreso del que se va; huyen de ella, como de lugar apestado, todos sus moradores: el viejo que, arrastrándose por las veredas, la buscaba afanosamente para dar calor á los entumecidos miembros; el mozo que, al desuncir la yunta, de vuelta

(1) Este artículo, publicado en *El Liberal* de 6 de Septiembre de 1889, y reproducido por varios periódicos de Galicia y América, entre ellos, *La Democracia*, de Ferrol, *El Regional*, de Lugo, *El Eco de Galicia* y *Galicia Moderna*, de la Habana, *El Gallego*, de Montevideo y *El Noticiero*, de Buenos Aires,—forma parte de la serie de cartas que bajo el título *Desde Galicia*, y firmadas con el pseudónimo *R. Flores Lorente*, hubo de enviar al periódico madrileño, durante el verano del 89, nuestro amigo Alberto García Ferreiro, con cuya verdadera firma aparece el referido trabajo en las columnas de GALICIA.—(N. del E.)

del trabajo, la atronaba con cántigas y *aturuxos*; la mujer, que se creía dichosa ¡y tan dichosa! con los cuatro cachivaches de su destartado ajuar; el chicuelo, que correteaba por la solana ó brincaba en el *cortello*, amarrando el astil del azadón á la cola de la pacífica y sufridora *vaquiña* y deslomando al animalillo á puros aguijadazos; la gentil *maruxa*, la *Grøthen* gallega de negrísimos ojos, que engalanaba el dengue con los claveles de la olorosa mata, blásón del albergue lugareño.....; todos, en turbión humano, que va engrosándose en cada encrucijada y en cada recodo del camino, despueblan las montañas, abandonan sus viviendas, asaltan atropelladamente los muelles, hacíanse en las gabarras y van á dar al hidrópico vientre del *steamer*, que abre los portalones para tragarse el montón de harapos y de carne, que la miseria arroja á sns costados, y, haciendo crugir los cabrestantes y rechinar las hélices, enarbola ufano las grímpolas, escupe á las olas el vapor de las calderas, lanza al espacio el potente silbido de sus máquinas, y emprende desatentada carrera, volando mar adentro con las crines de humo enredadas en los mástiles y la cola de espumas serpenteando sobre las aguas.....

¡Allá va el cetáceo de hierro! ¿Adónde? A alijar la carga de menesterosos, que abarrota sus bodegas, en cualquier playa, en cualquier territorio, diste lo que diste, circúndelo uno ú otro océano, llámese como quiera, Brasil ó Chile, Uruguay ó Perú, no importa el nombre con tal de que el nombre no sea España; allá va el rebaño de parias ahuyentado de su terruño por acosadora jauría; allá van los que inundaron de sudor los campos nativos; los que, en brutal pelea con la naturaleza, desgarraron la endurecida costra de los eriales y bucearon en las entrañas de la tierra para arrancar de ellas el hierro que mordiese los terrones y el agua que refrigerase el abrasado páramo; los que despojaron al cerro de su caperuza de peñascos y tendieron sobre sus picos espléndido manto de verdes; los míseros, los eternos ilotas atarazados mil veces por el gris de la sierra, mil veces sorprendidos por el alud, á todas horas socialñados, desnudos siempre, esclavos desde la hora de nacer, escarnecidos y pisoteados hasta la hora de morir.

Huyen del cacique, del usurero, del recaudador, del juez, del dueño del foro, del fiel de consumos, de todos y de todo; del hombre y del rayo, de la miseria apostada en el umbral de sus chozas y del *mildew* cosido á los sarmien-

tos de sus viñas, de las dentelladas de la curia y de las pedreas del granizo; de la manada alguacilesca, cuyo empuje no les fué dado contener con taravillas ni con cerrojos, y de la tempestad, de cuyo azote no pudieron librarse, ni con ple-garias, ni con ofrendas. No parten alucinados por el tentador señuelo de riquezas conseguidas con sólo apetecerlas, ni se forjan la ilusión de convertirse en Casados del Alisal á la vuelta de una semana, ni han de llamarse á engaño al no topar con montones de oro en las sucias y lóbregas calle-juélas de Rio Janeiro, ni con hacinas de piedras preciosas en las inmensas y desoladas llanuras paraguayas. Harto sa-ben, por los miles de cartas escritas por los desgraciados que les precedieron en el camino de la emigración, que allá también se trabaja sin provecho y se sucumbe sin gloria; que allá, como aquí con el fisco y con los temporales, hay que habérselas con el látigo del mayoral, hecho á enroscarse al pellejo del africano y del indio, con el diente del reptil, con el envenenado perfume de la flora y con la muerte di-suelta en la atmósfera y en la luz, en el calor que caldea los cerebros y en el aire pestilencial que pudre y congestiona los pulmones.

Por no ignorar nada, no ignoran que en los barcos que les transportan graciosamente han de ser tratados, mejor dicho, maltratados con todo linaje de rigores y de desprecios; que la muelle cama, con que les ofrecen regalarles á bordo, será la durísima tarima del sollado, tugurio innoble donde las caravanas de la miseria, que pasaron por él, han ido dejando sus heces y sus podredumbres, y la bestia erótica, enjaulada durante veinte ó treinta singladuras en su recinto, vaho de impurezas y hálito de feroces colisiones de la carne; que la copia de manjares, con que les brindan, ha de trocarse por la escasez de galleta, tan dura, que ni el martillo la rompa; que los *hoteles de inmigración*, como pompo-samente les llaman los bonaerenses, á que se les conduzca á su llegada á América, correrán parejas con la zahurda en que surcaron el Atlántico; que el buscarles rápida coloca-ción y proveer entre tanto á su sustento, será el no probar bocado en muchos días, quizás en meses, y el discurrir á la ventura, extenuados y desfallecidos, entre millones de per-sonas indiferentes, por ciudades populósísimas y para ellos más solitarias que las montañas de su tierra; que la labor en que han de ejercitar la fuerza de sus músculos, labor ruda, titánica, incesante, rendiráles á la postre un puñado de pe-

sos, insuficiente para ocurrir á sus más inexcusables atenciones, allí donde la estancia de la más pobre hostalería, el vestido más burdo y la bazofia aderezada con las viandas más groseras, absorben el jornal casi entero de una semana.

Pues, á pesar de todo, la ola de la emigración sube, y sube sin cesar. No podrá decirse de los que así se entregan á los azares del destierro que les domine el espíritu de las aventuras, ni el afán de recorrer tierras y mundos desconocidos, ni la comezón de conquistar el vellocino de oro. Quien huye tan convencido de las calamidades que aquí le afligen como de las malandanzas que allá le esperan, no obedece al capricho, ni siquiera al deliberado propósito de su voluntad, sino que cede al irresistible empuje de la desesperación, que, atándolo dentro de su patria al potro de la desesperación y al suplicio del hambre, le obliga á convertir la mirada á otros cielos y á enderezar el rumbo á otros continentes.

¡Allá va el coloso de los mares! El viento barre la estela, las nieblas se encaraman á la arboladura, y en la desvaída lontananza, donde las nubes son olas y las olas celajes, flamea el pabellón del *steamer* ante cuyo tajamar se amontonan y encabritan las aguas como queriendo cortar el paso al buque que las hiende y las arrolla soberbiamente y huye con el botín apresado en las costas de la noble y malaventurada tierra céltica.....

¿Qué resta que hacer, después de presenciar este copioso y no interrumpido desfile de hombres sanos y robustos, de inocentes criaturas, de infelices mujeres, de ancianos desvalidos? Clavar en las crestas de Finisterre y en los sombríos picachos de Cabo Silleiro los cartelones ideados por el fertilísimo ingenio de Mariano de Cavia, que anuncien, con enormes letras, á los pasajeros de los buques, que cruzan estos mares del Noroeste, que el caserón gallego, desmantelado por el caciquismo y saqueado por el Tesoro público, se vende, se alquila ó se regala á cualquier aburrido *lord* que quiera pasear por entre sus ruinas el nebuloso tedio británico.

Mientras tanto, consuélense los descendientes de los suevos pensando en los miles de duros que cuesta cada día el enjambre de capigorriones que zumba en las oficinas del Estado; en las fabulosas cantidades que se paga á generales, embajadores, ministros, prelados, etc., etc.; en las no menos fabulosas que se traga de sol á sol la deuda pública, y hasta

en las *pagas de reuma* con que se premia los servicios de unos cuantos señores que, con todas las comodidades posibles, han sabido sacrificarse, durante una cincuentena de años, en aras de la administración española y de la nómina.

Dos causas, sin ahondar en otras más recónditas, sirven de espuela á la emigración que desangra este país: las contribuciones y el caciquismo.

Cierto que de la exorbitancia de los tributos se quejan á un tiempo todas las provincias de España, pero en ninguna como en éstas se deja sentir de un modo tan abrumador, gracias á la extremada división de la propiedad rústica, en tanto grado, que un predio de apenas seis hectáreas aparece, más que repartido, desmenuzado entre quince ó veinte poseedores. De otra parte, la pérdida absoluta de las cosechas en estos últimos años, el aniquilamiento de la industria ganadera, la escasez de vías de comunicación, la falta de pósitos y bancos de crédito agrícola, la filoxera enseñoreándose de los viñedos y la curia azuzada constantemente por el *señor* que reclama sus anualidades forales y por el prestamista que pide los réditos de su granjería, de tal suerte acibaran, ahogan é imposibilitan la vida rural, que el mísero labrador, acosado y perseguido por todas partes, se ase á la emigración como el naufrago (perdónese lo sobado del símil) á la tabla que flota á merced de las olas en medio del Océano; sin esperanza de salvarse, pero ganoso de alargar un punto su amenazada existencia.

Del caciquismo, tromba de corrupción que todo lo seca y envilece, no puede hablarse sin repugnancia: diríase que Galicia vive todavía bajo la férula feudal. Media docena de personajes de esos que los periódicos garliparlistas llaman ilustres *notoriedades* ó conspicuas *ilustraciones* del partido X ó Z, tijeletearon el territorio gallego, repartiéronselo bonitamente y cada cual hace mangas y capirotos de su cupo.— Aquí *manda* don fulano (un nombre de los más asendereados), y decir *manda*, significa que *allí*, dentro de las cuarenta ó cincuenta leguas cuadradas que abarca su jurisdicción, hasta los átomos del aire son juguete de su antojosa voluntad y máquinas que él mueve á su capricho; jueces y gobernadores, concejales y alcaldes, secretarios y porteros del Ayuntamiento, alguaciles y peatones, empleados de fuste y covachuelistas de poco pelo, diputados provinciales y peones camineros, y, por decirlo de una vez, todo lo que ostente membrete oficial ó rótulo del Estado.

Afiliarse al bando del senador Mengano ó del exministro Zutano, ó abanderarse en la mesnada del marqués de R. de A. ó del conde de L., equivale á comprar acciones de una sociedad industrial, de cuyo buen suceso no se duda, ó á entrar á escote en un negocio, cuyas ganancias se reputan inequívocas.

El reyezuelo dejará la corte y vendrá á pasar algunas temporadas á sus *dominios*. No hay para qué decir que las serenatas y los banquetes, los paseos y los arcos triunfales, las bombas y las flámulas, con *inscripciones alusivas*, compondrán el programa de festejos en honor de la gloriosa y empingorotada *eminencia*, que se digna visitar á sus fieles vasallos. Cada correligionario se encargará de reclutar un ciento de ganapanes que, á peseta por barba, se desgañiten dando vivas al *astro de primera magnitud de los cielos de la política española* (este es el *viva cliché*, que se prodiga á tiorios y troyanos); sonarán las músicas, estallarán los cohetes, romperánse á fuerza de golpes los incensarios, el regocijo popular llegará á su colmo, y antes de que la riada del entusiasmo empiece á decrecer, el *eximio*, resplandeciendo de satisfacción y chorreando júbilo por todos sus poros, recogerá velas y..... hasta la primera.

A cambio de los duros—diez ó doce á lo sumo—con que cada mesnadero sacrificó su bolsa, y á cambio de los votos que aportará cuando se le exija, obtendrá un haz de credenciales para los hijos, para los hermanos, para los amigos de sus amigos y para sus criados; sus pleitos marcharán viento en popa, se rescindiré el contrato de carreteras de que tema salir perdidoso, se dará carpetazo al expediente de cualquier clase, que comprometa su persona ó perjudique sus intereses, se fallará á su favor el litigio que sostiene con su colono, se sentenciará como él quiera la causa criminal, en que ha envuelto á su enemigo, y, en una palabra, entre el *cacicote* de alto bordo y los caciquillos de misa y olla estableceráse un repugnante comercio de vitandas simonías y de inmoralidades asquerosas.

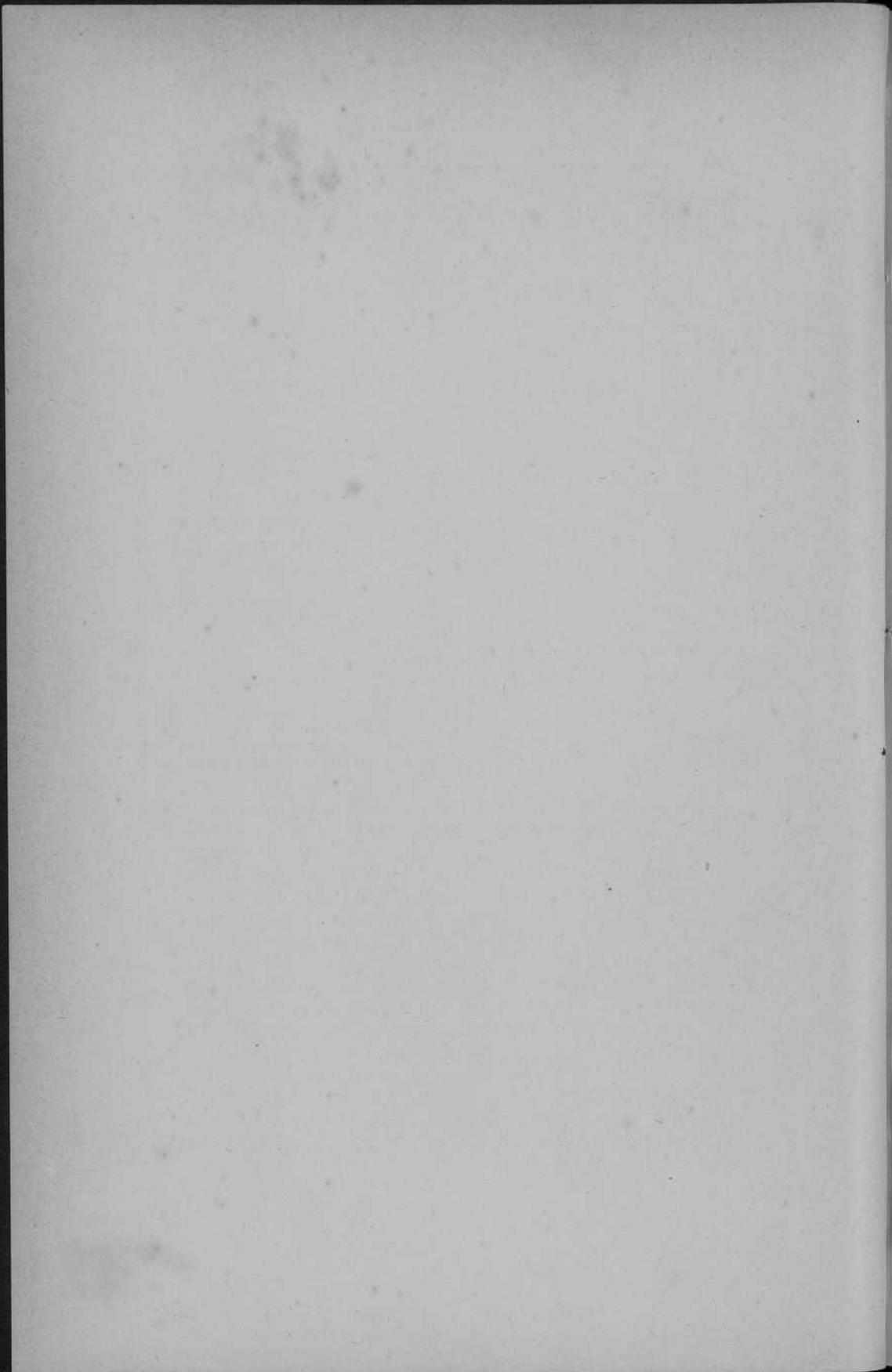
Sólo así se explica que haya alcaldes que monopolicen todos los servicios del Municipio, cocineros condecorados con cruces de Isabel la Católica y Diputaciones que, sin curarse para nada del fomento de los intereses provinciales, compren por  *cien mil duros* fincas de padres de la patria tasadas en  *cien mil pesetas*; sólo así se concibe que, aplastados los *parias* bajo la zarpa de sus tiranuelos rurales, armen el brazo

y se apresten á feroces luchas....; sólo así se comprende—bien que no pueda justificarse—que la venganza salga á deshora de la noche á caza de *hombres*, y coloque sigilosamente entre las grietas de una tapia “un cartucho de dinamita „envuelto en un recibo de contribución y una papeleta de „apremio.....”

Véase por qué emigran á bandadas los campesinos gallegos.

ALBERTO GARCÍA FERREIRO.







## LO QUE QUEREMOS LOS REGIONALISTAS

---

A LA JUVENTUD GALLEGA

---

**E**N estos días melancólicos y oscuros de indignas transacciones, en que las almas, atrofiadas por un positivismo aniquilador y enervante, parecen satisfechas dejando que los cuerpos se revuelquen en el cieno de las más bajas pasiones; en que el amor por los viejos y santos ideales parece definitivamente muerto—y muerto estaría si unos cuantos corazones varoniles y enteros no lo alimentasen con el sacro fuego de sus entusiasmos;—en que las ideas redentoras son miradas con prevención y los que las sustentan, con odio irracional y africano; en que el culto de las “imágenes políticas”, ha llegado á tomar proporciones tan alarmantes que ya no hay templos en donde colocarlas; en que el lucro y el bienestar personal se anteponen á todos los respetos y á todas las conveniencias y, en su obsequio, se sacrifican la dignidad, el decoro y la altivez noble y legítima, conviene fijar claramente la aspiración regionalista, que tanto pavor infunde y tantos enemigos ha levantado, y decir á la juventud gallega, á esa juventud entusiasta que ocupa las aulas de la

Universidad, las escuelas y los institutos, los talleres y las fábricas, los seminarios y los duros bancos de las redacciones, que está desparramada por nuestros campos y ha llevado su actividad inagotable y sus alientos generosos á las regiones del otro lado del Atlántico, lo que el regionalismo busca y lo que tiene acción á poseer.

Se impone la necesidad de aclarar conceptos, ordenar principios, desvanecer errores y probar á los que nos condenan, sin conocernos, que tenemos un derecho perfecto, completo, absoluto, que no admite ningún linaje de dudas, para reivindicar lo que nos pertenece, aquéllo que formó nuestra fisonomía durante muchas centurias, y un propósito deliberado y cruel nos fué arrebatando lentamente; se hace indispensable llevar á todos los ánimos recelosos la convicción de que ningún daño encierra el principio regionalista para la unidad geográfica de la nación, ni rompe ningún anillo de la cadena que une á todas las provincias; es menester, en una palabra, que nos expliquemos de modo que ni los grandes oradores del Parlamento español nos denuncien como separatistas, ni los sabios de la Academia de la Lengua nos pongan fuera de la legalidad constitucional.

Esa juventud sobria, ciegamente enamorada de su "pequeña patria," por cuya libertad siente vivas ansias de luchar, debe conocer el alcance y extensión del dogma regionalista para que lo practique con fe y sin peligro de caer en errores funestos y graves; esa juventud nacida en la hora triste de los ultrajes y amamantada con las lágrimas amarguísimas de una generación que sólo ha vivido para el sufrimiento y la tristeza, hacia la cual convergieron todos los desdenes y las humillaciones todas, que, por raro y feliz caso, tiene alma, en medio de esta desolación espiritual, es fuerza que sepa de una vez para siempre y para que sirva de norma á sus ulteriores campañas, que *el regionalismo no es el separatismo*.

No, nosotros, que hemos formado una nación independiente; que hemos constituido un Estado perfectamente organizado, para su época; que hemos tenido unas costumbres propias y únicas y unas leyes en consonancia con ellas; que hemos hablado un idioma dulce, expresivo y suave, que conservamos como inapreciable tesoro, y á la hora presente, con ligeras variantes, sirve de lengua oficial y popular á dos naciones tan importantes como Portugal y Brasil; nosotros, que, cerradas las fronteras que nos unen á Castilla y con el mar, que casi nos rodea, por vía de comunicación, podía-

mos vivir perfectamente; no queremos romper ni quebrantar la unidad ibérica, aquella unidad porque tanto combatiéron nuestros abuelos, y que no permitió á los Almanzores ni Boadiles hacer suyas las vegas cordobesas ni las altas sierras granadinas. No deseamos aislarnos de las demás regiones españolas, ni constituir una vida absolutamente independiente y estraña á la vida común de aquéllas: no levantamos murallas que impidan el paso á los que quieran venir hasta nosotros, ni abrimos fosos que detengan á los nuestros, si por acaso les conviniese traspasar la línea divisoria: no rechazamos la historia general, en la que tantas páginas debiéramos llenar, si los historiadores no hubiesen contribuído á las injusticias con nosotros cometidas, haciendo caso omiso de hazañas dignas de la epopeya, de todo en todo nuestras, ni desdeñamos una literatura hermosa en la cual han brillado Feijóo, Cornide, Pastor Díaz, Aurelio Aguirre y Ulloa. Tenemos en nuestros corazones, tantas veces heridos por los que, llamándose nuestros hermanos, no fueron sino nuestros verdugos, amor suficiente para olvidar los agravios que nos han inferido, los que nos inferen todavía, y para no renegar de una alianza en favor de la cual hemos depuesto nuestra personalidad y limitado voluntariamente nuestra esfera de acción: ¡tan magnánimos somos, que ni aun odiar nos es dado á los que quisieran contemplarnos eternamente con la cadena de la esclavitud ligada al tobillo!

Pero esta magnanimidad, esta firme convicción de no trasponer el límite de la legalidad, por el interés que de ello nos resulta, no por temor cobarde á las consecuencias trágicas que pudieran sobrevenir; este decidido propósito de reclamar la reivindicación de todo lo nuestro, usando de temperamentos pacíficos y conciliadores, no impedirá que seamos enérgicos en nuestra campaña y que franca y sinceramente digamos á los poderes públicos: teneis la obligación de atender á las quejas que diariamente exhalan dos millones de seres humanos, postergados para todos los beneficios y mejoras y llamados tan sólo para los sacrificios y las penalidades: sino quereis provocar el conflicto, terrible y pavoroso, es indispensable que os acordeis de un pueblo que sólo vive para satisfacer las exigencias del fisco y sobre el cual pesan, como plagas egipcias, el Secretario del Ayuntamiento, el Juez Municipal, el Pedáneo, el Agente de Contribuciones y los esbirros todos del alto caciquismo, de ese caciquismo dorado que tiene su cuartel general en Ma-

dríd y se reparte las provincias, con menos escrúpulos que se repartían los estados, que tomaban á los moros, los caballeros cristianos de la Reconquista. Y esto ha de ser pronto porque, como dijo el primero entre todos, el que es nuestro venerado Maestro y será siempre nuestra personalidad literaria más ilustre, el insigne Murguía: "á nuestras gentes del campo no se las conoce. Nadie sabe lo que bajo su humilde aspecto esconden de resuelto: nadie sabe tampoco de lo que serán capaces en su desesperación. Viven y mueren esclavos de todos y de todo; de la ley, del impuesto, de la renta, del capricho de los que pesan sobre ellos: callan y sufren resignados, porque en ellos la resignación es la fuerza por excelencia; mas, ¡ay de los que encuentren á su paso el día de su cólera!,"

Sería grave cosa y responsabilidad tremenda, para los que llevan las riendas del poder gubernamental, excitar la ira de estas gentes y obligarlas á prescindir de su prudencia y mesura habituales, empujándolas por el camino de las desesperaciones y de las represalias.

El regionalismo quiere evitar este cruel desenlace, con sus fórmulas honradas, comedidas y fáciles en la práctica: no desea el escándalo, ni provoca el desorden: no quiere la lucha, sino como última razón y cuando se hayan agotado todos los recursos moderados y pacíficos: anhela la paz, como medio de alcanzar el bienestar y la libertad de que carecemos, á pesar de vivir al amparo de una porción de leyes sofisticas y amañadas, producto del sistema centralista que repudiamos, y que sirven únicamente para empobrecernos y aniquilarnos por completo.

¿Lo que buscamos los regionalistas? Bien lo saben todos cuantos afectan desdén hacia nosotros y no quieren tomarse el trabajo de leer lo que escribimos. Buscamos moderación en los impuestos contributivos; verdad en los repartos vecinales; respeto á la propiedad rural, á esa propiedad que, estando fuera del radio de las ciudades, cae entera bajo la infame jurisdicción del cacique de aldea, monstruo mitológico que ha quedado entre nosotros, sin duda, como una prueba del paso de los hombres helénicos por nuestra tierra; seguridad para la vida en donde se considera lícito al homicidio por motivos electorales; pudor en cuantos ejercen cargos militares, municipales, civiles, y sacerdotales, y, ante todo y sobre todo, que cesen esas tutelas cortesanas que achican tanto la existencia provincial, que acabará por des-

aparecer, si antes no desaparecen aquéllas. En suma: anhelamos que la provincia y el municipio, sin depender del Ministro de la Gobernación, formen sus presupuestos y acometan las reformas que les convinieren, cuidando de dar á las clases agrícolas y productoras la intervención necesaria en la confección de aquéllos, para que en manera alguna resulten lastimadas.

Uno de nuestros primeros regionalistas, el docto catedrático de derecho de la Universidad de Santiago, señor don Alfredo Brañas, en su notable libro *El Regionalismo*, declara: "que es indispensable la existencia de una Junta central ó directiva, encargada de representar los intereses morales y materiales de las diferentes regiones españolas, en la lucha pacífica y legal que se intente contra el actual sistema de organización política y administrativa.," Explica cómo ha de constituirse esa Junta y de qué manera debe funcionar. El programa es conciso y breve: guerra al cunerrismo, á esos diputados que nadie conoce en los distritos en que son proclamados y huelen á Opoponax y á Hílam-Hílam, y guerra al parlamentarismo, que cada año modifica las leyes y la vida administrativa, judicial y civil, causando inmensos trastornos y produciendo desgracias horribles: proclama la sinceridad electoral como una necesidad para llegar á la aspiración definitiva, y recomienda á las Juntas regionales la conveniencia de instruir á nuestros campesinos, para que sepan á quién votan y por qué votan.

El señor Brañas se extiende en otras consideraciones importantes, que debe conocer la juventud gallega para enderezar sus pasos por el sendero de la posible regeneración, y condena el sistema actual, que nos llevará, sino se detiene en su obra devastadora y pernicioso, al estado excepcional y de fuerza que profetiza el insigne Murguía.

Ya lo saben los que nos recuerdan tan sólo para ofendernos, ya lo sabe la juventud gallega, en la cual tanto confiamos, y á cuyos nobles entusiasmos entregamos la defensa de una causa tan justa como santa; no queremos la separación del Estado español, la independencia de nuestra nativa tierra; deseamos su felicidad, su bienestar moral y material, su libertad y el derecho á regir sus destinos interiores, cumplidos los deberes que su misión con las demás regiones le impone, sin intervenciones estrañas, ni influencias nocivas y homicidas; y, finalmente, la descentralización administrativa y civil que necesita todo pueblo para desarrollar sus aptitudes.

Como aun no nos hemos persuadido los regionalistas de la imposibilidad de conquistar este ideal supremo, no pensamos todavía en la insurrección, ni siquiera dirigimos la vista hacia Portugal, que nos mira con ojos amorosos, para completar su nacionalidad y escapar, con la extensión de su territorio, á la rapacidad sajona: cuando se nuble tanto el horizonte, que no nos sea dado vislumbrar ninguna luz de esperanza, entonces mediremos nuestras fuerzas, aquilataremos nuestras energías y estudiaremos la forma de morir más dignamente, si el buen Dios nos negase la victoria.

Pero no hay, por ahora, ni preludios de tormenta. Estamos dentro de la legalidad y dentro de ella nos conservaremos, á no ser que con sus excesos pretorianos nos echen fuera los que, desde Madrid, quieren tener jurisdicción, no sólo en nuestras ciudades y villas, sino también en los más nimios detalles de nuestros modestos y aniquilados hogares.

En este sentido, entiendo yo que debe trabajar la juventud gallega, abandonando toda política de partido, sea republicana, sea monárquica, sin profesar otras ideas, ni defender otros principios que los que entraña el regionalismo, con el cual, únicamente, tendremos comodidades y una patria libre y feliz.

W. A. INSUA,

Santiago, Julio, 1892.





## LOS INFINITAMENTE PEQUEÑOS

---

- Qu'hay n'aquela horta?
- Unha vella morta.
- ¿E n'aquel tellado?
- Un gato esfolado.
- ¿E n'aquela buratiña?
- Una campanilla.
- ¿E cómo fai?

¡Tilín, tilín, tilín!

Así decían, jugando al corro en la curva del muelle del pescado, una madre y dos niñas. Acababa el sol de ponerse, y la zona rojiza de sus resplandores, cual séquito ostentoso, manifestaba la incomparable hermosura de aquella majestad oculta. No llegaban hasta nuestro rincón del muelle sus arreboles, y á la plácida luz de la tarde aparecían uniformemente cenicientas las tres figuras en que nos hemos fijado. Era la saya de la madre burdo mosaico de toscos remiendos, los cuales mostraban su gastada trama al igual de la estopi-lla que los unía. Una suerte de gabán ceñido, que nació ne-

gro y señoril, y armonizaba ahora, en lo pardo y deslucido, con la miseria de la saya, cubrÍala hasta la rodilla, y el desmañado delantal, que lo ceñía, concordaba en matices y girones con el pañuelo de algod3n obscuro, que cubría, desde la mitad de la frente, toda su cabeza. No mostraban los trajes de las niñas mayores primores que el de la madre: iban menos cubiertas; pero hasta las desnudeces, que los rotos y descosidos ocasionaban, mostrábanse oscuras, porque la intemperie, que descolorizaba sus harapos, tostaba sus tier-nas carnecitas.

Era aquella la hora del reposo para los que trabajaban, y el día había sido de prueba en el muelle del pescado. Desde la primera hora de la mañana vinieran, colmados de merluzas, muchos lanchones, y como la marea baja no permitiese atracar, con el agua hasta la cintura habían tenido que descargarlos las mandaderas, que depositaban aquella bendición de Dios al pie de las maestras pescadoras, las cuales, afanadas, con sus cuchillos en las manos, daban dirección y ejemplo en la operación de limpiar y embalar el pescado que, en el tren del Mediodía, había de partir para Madrid. Tocábales á las mandaderas, igualmente, el pesado trabajo de portear sobre la cabeza el pescado que se vendía en la plaza, y en cantidad tan abrumadora que, vencido el cuerpo, hacía-se dificultoso el andar. Luego, á ellas competía la limpieza de la rampla del muelle; el baldeo, después del barrido, y la renovación del agua de las tñajas, que tenía que estar siempre fresca y preparada para el momento preciso en que nuevo arribo de lanchas pescadoras exigiese la repetición de la tarea. Hasta el descanso de la comida fué mermado aquel día: sólo tuvieron tiempo para tomar el deslavado caldo de berzas que, en fiamblera de hojalata, les trajeron de sus casas á las que lo tenían. Las patronas también comían allí cerca, respaldadas en la cortina del muelle, bien sentadas dentro de sus propias cestas, y aunque su refrigerio no era tan parco y se mezclaban al sustancioso caldo del país buenos y sólidos trozos de carne, tocino y chorizo, y todo iba acompañado de buen pan y buen vino, terminaban cuando apenas los maltratados miembros de las mandaderas se preparaban para el descanso, y las hacían levantar al ver asomar de nuevo por el horizonte las lanchas con su pingüe cargazón: con esa riqueza del mar, alimento de pobres, regalo de ricos. Y de nuevo á la espera: de nuevo á la tarea que exige ligereza y fuerza, y subordinación y hasta silencio.

¡Silencio las *pescas!* estas deslenguadas y desbocadas, que tienen la voz enronquecida por el esfuerzo continuo, y el cuerpo dislocado por el abuso de los ademanes descompuestos! ¡Silencio estas mujeres, que aprovechan el menor pretexto para ponerse hechas unas furias y llenarse de desvergüenzas, igualándose en esta tesitura las ricas con las pobres, las subordinadas con las maestras, para quedarse unas y otras, luego de haber desahogado, tan tranquilas como el mar, después de furiosa trapisonda! En el femeníl gremio, sólo se guarda silencio cuando el trabajo apremia ó cuando las pescaderas tratan con los pescadores. Al acercarse al muelle una lancha cargada, pasan á ella las mujeres que compran de primera mano, y se sientan á lo largo de la embarcación como si estuviesen de visita. Dura el ajuste mucho rato; pero no es posible transacciones comerciales verificadas con mayor tranquilidad. Y es que allí, en la frágil morada del hombre del mar, no pueden permitirse descomposuras: su superioridad moral se impone á las bullangueras. El pescador es el más tranquilo y el más sereno de los hombres. En sus luchas con los elementos aprende á despreciar las triviales disputas humanas. Siempre preparado para el momento del peligro, ejerce la atención y la reflexión y ama el silencio. Luego, los pescadores creen en Dios y le adoran sin intermediarios, en el mar, lo más imponente y grandioso de la naturaleza, y algo de imponente y de grandioso conservan ellos en sus honradas personas! Al contrario de todas las colectividades, que se gastan, permanece en ellos latente la savia de la fuerza regeneradora.

Pascua, la de las niñas, es la más pobre de las mandaderas y á ella está encomendada, particularmente, la limpieza del muelle. No escatima sus esfuerzos, porque Pascua no es de las que gastan bríos en vociferar: tiene el humor apacible. Sólo suspende el trabajo para mirar por las pequeñas que, como *casudas*, saltan y circulan por entre las cestas y las tinajas de la rampla, expuestas, noventa y nueve veces sobre ciento, á irse de patitas ó de cabeza al mar, sin que pueda impedirlo la abuela que, roída por el reuma, como la mayor parte del día tendida, al lado de su muleta, como un montón de basuras. De vez en cuando hácese sitio, á codazos, entre los mirones del parapeto, un hombrón que tiene la gorra y la chaqueta cubiertas con el polvillo blanco de la cal ó el negro del carbón. Este cargador del muelle es evidentemente el marido de Pascua, porque apenas asoma su

cabeza, ya tiene á las pequeñas agarradas á sus piernas y forcejeando por llegar hasta sus brazos.

Pascua ha llevado en conciencia su día de trabajo, y descansa. Descansa á su manera, jugando con las chiquillas. A su natural desaséo y mala facha, únese el olor de pescado, de que todas están saturadas, de tal suerte, que ni el aire puro es parte á desinfectar el grupo, del cual se apartan con horror las gentes. Algunas personas, sin embargo, se pasean embelesadas ante aquella floración de las alegrías de la vida en el dominio árido y seco de la miseria. Pascua, que no guarda fiestas ni disfruta vacaciones, conserva, á despecho del destino tirano, un tesoro de ternura que hace brotar en su corazón la flor de la alegría como homenaje que se rinde á la niñez; como miramiento que se debe á la ignorancia de los que no saben aún que vivir es padecer!

Mucho rato sigue el juego de la madre y las hijas: luego Pascua se sienta en el borde de la acera, que acompaña la muralla, y después de dar alivio á la comezón que la devora, rascándose, frotándose y sacudiéndose todo cuanto puede, abre los brazos, y, como regalo de la pequeñuela que se viene á ellos, saca lacio y escuálido pecho, que á la grandullona que lo chupetea y pellizca, mas parece servirle de juguete que de sustento. Mientras tanto, párase la otra al lado de su madre y, solícita y atenta, quitale de la cabeza el pañuelo que la cubre y mete sus deditos por las espesuras de aquella cabellera imposible. A cada instante se detiene con mucha seriedad, como quien ha cazado algo, y hace alarde de su temprana habilidad en el manejo de uñas, con cuyos ruidos hace dar temibles huídas á los transeuntes, que se apartan con asco del tiernísimo grupo. Sigue Agustina *catando* fieras en la cabeza de su madre y ésta, sin olvidarse de cambiar de pecho á la mamona, se va poco á poco quedando adormecida de puro gusto. Sin embargo, algo oye que le llama la atención, y, deshaciendo el encanto que á las tres las tiene unidas, planta de patitas en la acera á la chiquita, no sin decirle, después de sostener verdadera lucha con sus labios chupones y sus manecitas que no la sueltan: *Si choras, que chores.*

Quédase, con efecto, la pequeñuela lloriqueando mientras Pascua se reúne con los hombres que cerca de ella, y siempre apoyados en el parapeto, hacían conversación. En tanto Agustina asume el deber de distraer á su hermanita y se pone á hacer bailar un perro chico falso, que posee, de-

lante de sus ojos: siguen á ésta otras monadas de su repertorio, y luego, viendo que no consigue pacificarla, pónese á hacer que llora, por si acaso dan mejores resultados las burlas que la persuasión. Vuélvese Pascua rápidamente; pero, al ver que el llanto es fingido, la emprende de nuevo con los hombres, en aquella cuestión única de la vida del pobre: el comer.

Los cargadores del muelle, *palanquines*, pasan grandes horas de holganza: las gruas se lo hacen todo ellas solas: en la Aduana sobran mozos: muchos se pasan la vida tendidos entre los bocoyes del aguardiente, causa de su embrutecimiento. No es extraño que Pascua eche su cuarto á espadas, cuando los hombres se quejan de las máquinas, de los malos tiempos y de la mala suerte: élla, que la mayor parte de las veces tiene que procurar el sustento de todos los de su casa: Madre enferma, hombre sin trabajo, y las niñas! Pascua se anima, levanta la voz y acentúa la expresión de su discurso, dándole fuerza de la única manera que sabe hacerlo, con interjecciones de esas que escandalizan á la gente fina.

En este momento pasa por su lado una señora con dos señoritas y un caballero que las acompaña. Vienen de una función de iglesia; se dirigen al paseo á dar una sola vuelta, antes de vestirse para ir al teatro. Al oír el lenguaje de Pascua, la señora se altera, y aprieta el paso para alejar á sus hijas de aquel espectáculo inmoral.

—Si hubiese autoridad y policía que recogiese á estas mujerotas y las llevase á dormir á la cárcel, vería V. cómo escarmentaban—dijo, dirigiéndose á su acompañante; y los dos siguieron hablando largo rato sobre lo difícil que es para una madre evitar á sus hijas todo mal encuentro, y conviniendo en que la gente ordinaria es una calamidad.

Cuando este grupo se perdía allá en las vueltas del muelle, bien calzadas y bien vestidas, escoltando las arquitas del dinero, que llevaban sobre la cabeza las respectivas mandaderas.

Al día apacible había sucedido una noche espléndida.

La familia de Pascua también se puso en movimiento. Iba delante la pobre vieja, apoyada en su muleta, arrastrando con pesadumbre sus dolores y sus harapos. Seguía la Agustina llevando en la cabeza una cestita, que contenía el beneficio más inmediato del trabajo de aquel día: dos cabezas de merluza y algunos *cazones* sin piel, amén de varias le-

gumbres que, de limosna, habían caído igualmente en la cesta. Cerraba la marcha el matrimonio: élla con la pequeña en los brazos, y él blandiendo una enorme llave, cuyo tamaño era risible considerando los tesoros que guardaba. Unos y otros dejaron el muelle, que quedó sólo con sus rimeros de cestas y sus filas de tinas de agua salada. La luna proyectaba una gran mancha esmerilada en el puro y transparente cristal de la bahía, y allá á lo lejos perdíase, reposada y bella, la última lancha pescadora, llevándose aquellos hombres toscos y rudos, entre los cuales eligió Cristo á sus amigos, y que, en los rigores y el silencio de su vida, guardan incólume el sello de aquella misteriosa elección.

FANNY GARRIDO.





## LA CRUZ DE MONTEALEGRE

---

**A**toda Galicia suponemos enterada de la famosa cuestión, suscitada en Orense por causa de la restauración de una cruz en el llamado Montealegre, que, al oriente, domina la ciudad. Cuestión llamamos famosa, porque estuvo á punto, y aún pudiera nuevamente surgir, de causar un conflicto religioso. Felizmente, y como signo de los nuevos tiempos, el conflicto se desvanece, y lo que al principio ofrecía aspecto de bomba de dinamita que aterra, se convierte ahora en ampolla de jabón que divierte. Mejor es así, y nosotros venimos ahora á reseñar el hecho, no precisamente para darle nueva luz, ó nueva dirección á cualquiera de los aspectos en que ha sido considerado, sino para *con-siguar* la lección importante y provechosa que de lo sucedido se desprende.

He aquí el hecho:

Mano aleve había derribado la cruz de Montealegre. Colocada en lo más alto del cerro, la divisaba de lejos el caminante; puesta en un sitio frondoso, su aspecto era encan-

tador; y su recuerdo gratisimo para el orensano, que se había cobijado y vivido al pie de tan redentora sombra. Nada de extraño tenía que á la primera voz que se oyese de restablecerla, todos acudieran solícitos á secundar tan feliz pensamiento. Se inicia la suscripción, y pronto se reúnen los fondos suficientes para realizar la obra. Sólo faltaba dar forma á la idea. Y en efecto, la Comisión de monumentos artísticos se encarga de llevarla á cabo, é inmediatamente aparece expuesto al público el precioso obelisco de la cruz de *Ruthwell*, como modelo que había de reemplazar en Montealegre á la que allí existía. La obra se termina, y es colocada sobre una peña en lo más alto del monte, en el mismo punto donde estaba la antigua. Sólo faltaba bendecirla, pero ay!—diremos con el articulista de *El Eco de Orense*, (núm. 1.548).—“Todo era júbilo en la capital. Acababa de llevarse á cabo en el cerro de Montealegre, que domina la ciudad, la restauración de la antigua cruz, cuya historia no ha llegado hasta los tiempos presentes, pero que no por eso era menos venerada, puesto que allí la hemos visto siempre nosotros y nuestros padres, y los padres de nuestros padres. Las bendiciones de la iglesia iban á caer sobre el augusto signo de redención, y con ellas el acostumbrado cortejo de dones espirituales. Y de repente, en sólo un día, todo cambia: nace la duda donde reinaba la convicción más absoluta, las muestras de respeto tórnanse en formidables amenazas, las gentes timoratas piden que el monumento venga á tierra, una tristeza infinita invade los corazones; parece como si viviéramos aún en plena Edad Media, y se acabase de leer desde el altar mayor de las iglesias la sentencia de excomunión que pusiese á la ciudad en entredicho: créese oír, entre el tañido lúgubre de las campanas y el chisporroteo de los cirios apagándose en el agua, la formidable voz del sacerdote fulminando contra todos la maldición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, mientras los fieles, abrumados bajo el peso del anatema, privados de Sacramentos y de toda clase de auxilios espirituales, refíranse á sus hogares dominados por aflicción profundísima.”

El artículo de *El Correo Español*, causa de tanta desventura, y que había sembrado la alarma en los ánimos más pacíficos, entre sus párrafos más salientes decía:

“En las logias de primer y segundo grado, se hallan, entre otros emblemas, varios de los que se ven en la cruz de

Montealegre, manifiestos unos, disimulados otros. El sol, las estrellas de cinco puntas, el aspa, el cuadrado, la escuadra y el triángulo...—“Fuera de la cruz, y en la cruz misma, fuera del lugar que corresponde ocupar á la sagrada imagen, caben todos los adornos que la naturaleza y el arte puedan suministrar; alegóricos ó no, siempre que las alegorías estén dentro de la ortodoxia católica. En el centro de las citadas está el verdadero *Sol de Justicia*, que no porque así se llame metafóricamente al Salvador, se ha de entender que pueda estar representado en la cruz, y menos en los tiempos presentes, por un Sol. No lo estuvo jamás...—“El Sol es atributo del caballero del Sol ó Príncipe adepto Gr.: 28º.— En el gr.: 18º., Job.: Príncipe Rosa Cruz, figura la cruz con la rosa en el centro; pero también hay la cruz con el Sol...” “Dígame después de todo, si un católico puede ver con indiferencia que en el lugar preeminente de la cruz, el que debe ocupar la imagen sacratísima del Redentor, lo ocupe, sustituyéndola, un Sol...” “Lo mismo he de decir de las estrellas que se colocaron en los brazos y en la cabecera de la cruz: son masónicas...” “Es también inexacto que los cuadrados sobrepuestos formen una estrella de ocho radios. El cuadrado inferior es más grande que el superior. Los ángulos de éste tocan las líneas laterales del otro en su mitad, y no pasan mas que lo puramente preciso para enlazarse con ellas; por consiguiente, no forman esos ángulos puntas salientes ó rayos; y cortando, como cortan, en los puntos de sección las líneas laterales del otro cuadrado, los ángulos de éste vienen á formar verdaderas escuadras, así como las líneas secantes del cuadrado superior con las de las respectivas escuadras forman perfectos triángulos...—Y termina con esta significativa frase: “Si nada se arriesga en defenca de la fe, cuando ese deber se nos impone, ¿puede decirse que hay fe?...”

A estas gravísimas acusaciones responde la Comisión de monumentos aseverando categóricamente: “No hay en la cruz de Montealegre un solo signo masónico...”—Y por partes va desvaneciendo todas las horribles profanaciones que gratuitamente afirman haberse hecho en la cruz. Así el Sol y las doce cruces *potenciadas*, que allí se ven, no son signos masónicos: son signos cristianos. El Sol representa al Salvador, á quien la Sagrada Escritura llama: *Sol justitiæ*. No menos litúrgicas son las doce estrellas: adoptadas fueron en su escudo por los Carmelitas; forman la aureola y tachonan el

manto de la Madre de Dios (*stella matutina*), y aparecen en un preciosísimo rosetón de la antigua fachada de la Catedral de Santiago.—Por otra parte, antes que las constelaciones del zodiaco, bien pueden simbolizar los doce patriarcas, los doce profetas menores ó los doce apóstoles... Y ¿porqué, continúa la Comisión, los dos cuadrados sobrepuestos con sus ángulos encontrados, formando una estrella de ocho radios, han de simular la escuadra y el compás, cuando no son otra cosa que una laceria de dos cuadriláteros irregulares, adorno muy usado en la época bizantina, conforme se encuentra en una célebre miniatura de un manuscrito del siglo V?

Entre tan opuestos pareceres, la opinión pública flota indecisa, yendo y viniendo de un lado para el otro; se agita y conmueve, aunque por breves instantes, y siempre al compás del lugar y circunstancias donde conferencie. Pronto vuelven todos á sus ocupaciones ordinarias: la oleada es superficial, y no hay mar de fondo, á pesar de los temibles *Eolos* que, por norte y por mediodía, se afanan por agitarla. La calma se restablece, y á fin de que sea más segura, y adquieran mayor confianza los ánimos pusilánimes y las conciencias timoratas, la Comisión, nunca bien alabada por tan noble acto, movida por altas razones de consideración y de prudencia, depone su dictamen, y ordena deshacer los signos inscritos en el monumento, por ella erigido en Montealegre.

Pero ¡oh dolor! El sacrificio fué perfectamente inútil.—El bando contrario, al ver tal concesión, lejos de retirar sus armas en gracia de una mutua concordia, arremete con más ardor, é intenta se derribe la fortaleza. Abajo la cruz y el monumento, una vez que todo él es piedra de escándalo y padrón de ignominia para el pueblo orensano. Sús, hijos de Carriarico!—Subid al monte y derribad la cruz!—No veis esa cara puesta en el centro, como signo de la fecundación universal?—No os fijais bien en las líneas generales de la pirámide que la sustenta?—No advertís lo que está oculto dentro del cuadrado?... Ah, qué horror! y á qué delirios nos conduce la imaginación extraviada!...

A vista de tamañas exageraciones, el sentimiento público, lejos de sublevarse airado, pregunta atónito: *Qué hay? Qué pasa?*—Nada de particular tenía. (1) Sólo algunas pocas per-

(1) Después de veinte y cinco siglos de existencia; perdida la fe en el simbolismo oriental—asirio y persa—rota toda tradición, sin conservarse la más

sonas, recapacitando sobre el nuevo giro dado á la cuestión, procurando elevarla un poco, sacándola de la arena candente, donde las malas pasiones hacen su presa, dicen: "Si es un postulado universal, que todos los seres y cosas tienen su significado; si es un lema de la Metafísica, que *todo ser se significa*, ¿por qué se hacen afirmaciones tan estupendas y aventuradas?—Por qué sin más ni más se calumnia así á personas honradas y dignas, tan religiosas como sus detractores?—Por qué no se respeta el sagrado de sus intenciones?—No nos basta su testimonio?—Qué interés habían de tener en sorprender y engañar al público?—Habían de patrocinar ellos semejantes atentados á la moral y á la Religión?—No son todas personas dignísimas, de notoria y acreditada reputación?—Y por fin, si el simbolismo forzosamente ha de ser común á todas las manifestaciones de la vida; si es punto menos que imposible deje de ser semejante, ¿por qué no respetamos la intención del agente, sobre todo cuando él así lo declara, y no hay ninguna prueba que dar en contrario, á no ser la que sugiere la maligna sospecha y la envidiosa calumnia?

No por eso los contendientes cesan en sus ataques.—Afinando un poco la puntería, dicen unos en alta voz: "En la cruz no pueden trazarse otros atributos mas que los de la Pasión: cualesquiera geroglíficos que en ella se graben, que aquéllos no sean, la profanan.",—Otros por lo bajo comentan: "No es cierto que el simbolismo cristiano sea indiferente; ni debía serlo, siquiera para ocultar los misterios y evitar las profanaciones de los gentiles. El sagrado depósito de la fe no podía quedar expuesto, so pena de corromperse, á merced del capricho de cualquier artista. Por eso el Concilio de Nicea II, act. VI, dice expresamente: *Non est imaginum structura pictorum inventio, sed Ecclesie Cattolicæ probata legislatio et traditio...*"

Aquí terminamos nuestro relato. No quitamos ni ponemos; sólo ambicionamos no se malogre el fruto alcanzado. La paz pública continúa. Felizmente, y para bien de todos, los hijos de Carriarico duermen tranquilos á la sombra del

---

leve sombra del culto dyonisiaco deshaciéndose ante el mágico influjo del asctismo occidental, ¿quién, ahora, recuerda ni se atreve á reproducir, ni aún mentar siquiera tan groseros signos?—Entre los Igorotes, que celebran danzas sagradas ante sus *anitos*, y que los veneran, no por lo que en sí aparece este idolillo, sino por lo que *él trae á la mente de arriba*, (*sic*)—conforme contestaba uno al europeo que le interpelaba—puede pasar semejante culto...! pero entre nosotros, los pueblos cristianos ¿quién piensa en *eso*?...

árbol de nuestra redención, que campea todavía en las alturas de Montealegre.

Pero, ¡ah, Dios mío!—Será este acontecimiento un progreso (1) evidente, ó será más bien un signo visible de la decadencia que acompaña á los que vivimos en las postrimerías del siglo diez y nueve?—Meditemos.

JUAN SIEIRO.

---

(1) El individuo con un vivo sentimiento de su dignidad; la mujer elevada al rango de compañera del hombre; una admirable conciencia pública, rica en sentimientos de *justicia* y equidad; cierta *suavidad* general de costumbres; un profundo respeto al hombre y á la propiedad; un espíritu de universalidad, de propagación y de *cosmopolitismo*; hé aquí, dice el insigne Balmes, «*Protestantismo comparado con el Catolicismo*» los grandes rasgos de la civilización moderna.





## POR LO FLAMENCO

---

**S**EMEJANTE título, estampado en las páginas de una publicación gallega, parecerá á cualquiera una herejía, y para los amantes y defensores de la integridad, en todos sus aspectos, de esta pequeña patria, un contrasentido irresistible.

*¡Flamenguismos aquí!....*

Quédese eso para la tierra de la hermosa Andalucía, donde la sangre corre parejas, en cuanto á los ardores y los fuegos, con el jugo de sus uvas doradas, y el cielo es azul como una turquesa, y los ríos relucen como lenguas de plata, y los colores fascinan la retina, y el sol es espléndido y abrasador como las pupilas de sus mujeres enloquecedoras.

Mas no se empeñe en tomar carta de naturaleza en nuestra amada Galicia, tan poética, tan sentimental y tan dulce, envuelta siempre en nieblas de finísimo gris, como hada pudorosa que esconde los tesoros de su hermosura cubriéndose con gasas tegidas en su cielo.

Cierto es que no echan raíces en nuestro suelo esas cos-

tumbres marcadamente exóticas, porque no encuentran ni ambiente para respirar, ni luz que las ilumine, ni espíritus que las comprendan; pero también es verdad que alguna que otra vez, y ya con harta frecuencia, quiebranse las vallas del regionalismo, al arrollador empuje de la moda, y llegan hasta nosotros las perfumadas auras andaluzas fijadas en el lienzo por hábiles pinceles, echadas á volar en las páginas brillantes que escriben los poetas de aquella tierra, lanzadas en los escenarios de nuestros coliseos con todos los encantos de la bella forma, y encarnadas, si bien más crudamente, en esos ejemplares vivientes que invaden estos cafés, quizá el más culto refugio de nuestras clases populares.

\*  
\* \*

No es mucho que el fiel cronista, ávido de tropezar con una nota que le dé asunto para llevar algunas cuartillas manchadas á la imprenta, mire y curioseee todo, y penetre cualquier noche en algún "café flamenco", de los que ya van viviendo en esta tibia Galicia, si bien con los éxitos de lo nuevo, también con la inestabilidad de lo ficticio.

Y ello no puede ocultarse al menos observador.

Siéntese, ya antes de entrar, bullicio, algazara y vocerío. Atruenan los taconazos, redoblan las palmadas, cruje aguda la voz de la *cantaora*, y, por entre las rendijas de los aplausos y las exclamaciones, se escapan los quejidos de las cuerdas irritadas.

Mas, ya traspuesto el umbral, y pasadas las impresiones primeras, la observación no deja lugar á dudas. El *flamenguismo* está fuera de su centro; aquel cuadrado vivo y animado que copiara un Goya de nuestros días, no encaja dentro del marco de nuestro temperamento y nuestras costumbres.

Esos retazos de la vida andaluza, que con fuerza supo asimilarse el pueblo madrileño, necesitan su atmósfera, y esas escenas típicas de la tierra de María Santísima, tienen un público propio, que les presta carácter y medio ambiente adecuado, ese público que ha hecho las reputaciones de *El Canario* y del *Niño de Lucena*.

Han de sentarse en torno de las mesas y delante de la taza del humeante café ó de las cristalinas y resplandecientes *cañas* de la manzanilla, la chula airosa y de rumbo, que

echa atrás el pañuelito de seda blanca, rosa ó azul, para que así se luzcan los claveles rojos prendidos en su apretado moño; la *seña Paca* ó la *seña Grigoria*, que cubren su sebosa persona con el rico pañolón de Manila bordado de colores; el torero de chaquetilla corta, faja llamativa y pechera reluciente, y el chulo de gorra de fuelle, de *tufos* sobre las sienes y botas de caña clara; inflamados todos los ojos por los vapores del vino y las oleadas de voluptuosidad que se escapan al moverse las indiscretas batas de las flamencas, y prontos todos los labios á lanzar una frase intencionada ó graciosa, muchas veces soez, dicha con ese acento y en el especial caló de la gente del bronce.

Entonces el cuadro es típico y las figuras salientes no desentonan en él como cuando, cual aquí sucede, forman el público mujeres sencillotas, "burgueses," de buena fe, pollicos de la *filadelfia*, artesanos sin chispeantes malicias y algún jovenzuelo achulapado que, con ridículo disimulo de nuestro acento gallego, que está á rabiarse con la jerga chulesca, ladeado el hongo y atravesado el cigarro entre los dientes, dirige á *las artistas* sus "olé," más insípidos que pucho de enfermo.

\*  
\* \*

Para poder mantener pura la composición del cuadro, es preciso apartar la vista de los espectadores, fijar los ojos sólo en el tablado en que estan las figuras.

En él se sienta *el Mendre*, como llaman al "toacor," pelo "echao alante," y chaquetilla de terciopelo, abrazado á su guitarra, que tal vez haya comenzado llorando las penas del alma de algún enamorado moro del barrio de Triana, para acabar riendo las procacidades del sensualismo industrial.

A su lado se hallan *la Julia* y *la Estrella*, las *cantaoras* de los *tangos*, las *jaberas*, las *seguidillas* y las *malagueñas*, ambas mozas de buen ver, rellenitas de carne, que "hacen sentimiento," entornando los ojos, y que cantan, trayéndonos en los ecos de su tierra, dolores del alma, arrebatos de amor, ayes y quejidos, ternuras y esperanzas, los celos africanos y la dejadez oriental.

Los aplausos ahogan el último vigoroso golpe, con que la guitarra puso término á la dulce cadencia de la cantadora, y los espectadores, con un halagador presentimiento, se

acomodan en las sillas, dan en la taza ó en la copa el sorbo que los entona, y dirigen la mirada al tablado, en el cual se destaca Concha *la Bayoneta*,—como la llaman, tal vez porque es templada y esbelta y fuerte como el acero—en pie, erguida la cabeza, ceñido el cuerpo por el vestido encarnado sobre el que cae, festoneando las pronunciadas caderas, el largo fleco de su pañuelo de crespón naranja.

Corren los dedos ensortijados del *tocaor* por el mástil de la guitarra; se escucha la primera melodía; suenan las secas palmas de las cantadoras con extraño compás, y la *bailaora* avanza en menuditos pasos, gallardo el cuerpo y airosa la figura.

Siempre aparecerá el detalle tosco y alguna vez la impureza de la línea, si se mira de muy cerca, cuando el espectador, pegado al entarimado, puede contar las puntadas de los zapatitos y los hilos de las medias negras, salpicadas de flores. Pero si se tropieza á tiempo con el secreto, consíguese suavizar la crudeza de la visión directa y la imaginación encuentra materia idealizable.

Mirando atrás, vese reproducida y á mayor distancia, en el gran espejo que ocupa la pared de enfrente, la figura de la *flamenca*, y copiado también en el cristal el denso humo de los cigarros, que flota en aquella atmósfera pesada; antojárase, á veces, que era la bailadora la musa de un poeta sevillano, que se desperzaba al despertarse envuelta en brumas londonesas.

Ya la guitarra arrecia punteando escalas y rasgueando acordes, cuyo ritmo y compás sigue la bailadora con los vaivenes del cuerpo y los movimientos de los pies. Y unas veces se levanta sobre las puntas de ellos, los brazos sobre la cabeza y escorzado el busto, y otras parece como que rozan el suelo sus cabellos; y las enaguas crujen, y las caderas se hinchan, y unos momentos recorre el tablado, altiva y soberbia, y otros, pudorosa y tímida, y, en algunos, el sensualismo y la lascivia se escapan por sus ojos; ya rígido el cuerpo, como en un paroxismo, ya doblado el talle, como vara de mimbre, provocativa, incitante cuando, recogido el *polisón* con ambas manos, imprime á su cuerpo el circular movimiento que permite á las telas adaptarse á sus líneas ocultas.

La gente calla. Se mira y no se habla. Las *cantaoras*, que llevan el compás con palmas y taconazos, *jalean* al mismo tiempo á la *bailaora* con sus frases: “¡valiente mujé!,”

“¡anda, Conchiya!,” “y que no vale ná,” “¡olé!,” cortadas muchas de ellas por una risotada.....

\*  
\* \*

Ha terminado el baile.

Salen del café los concurrentes, ávidos de respirar el aire puro de la calle, que los pulmones absorben con placer y las sienas reciben agradecidas.

La sala se cierra, y, sin luz, sin música y sin vocerío, queda envuelta en el silencio y la sombra.

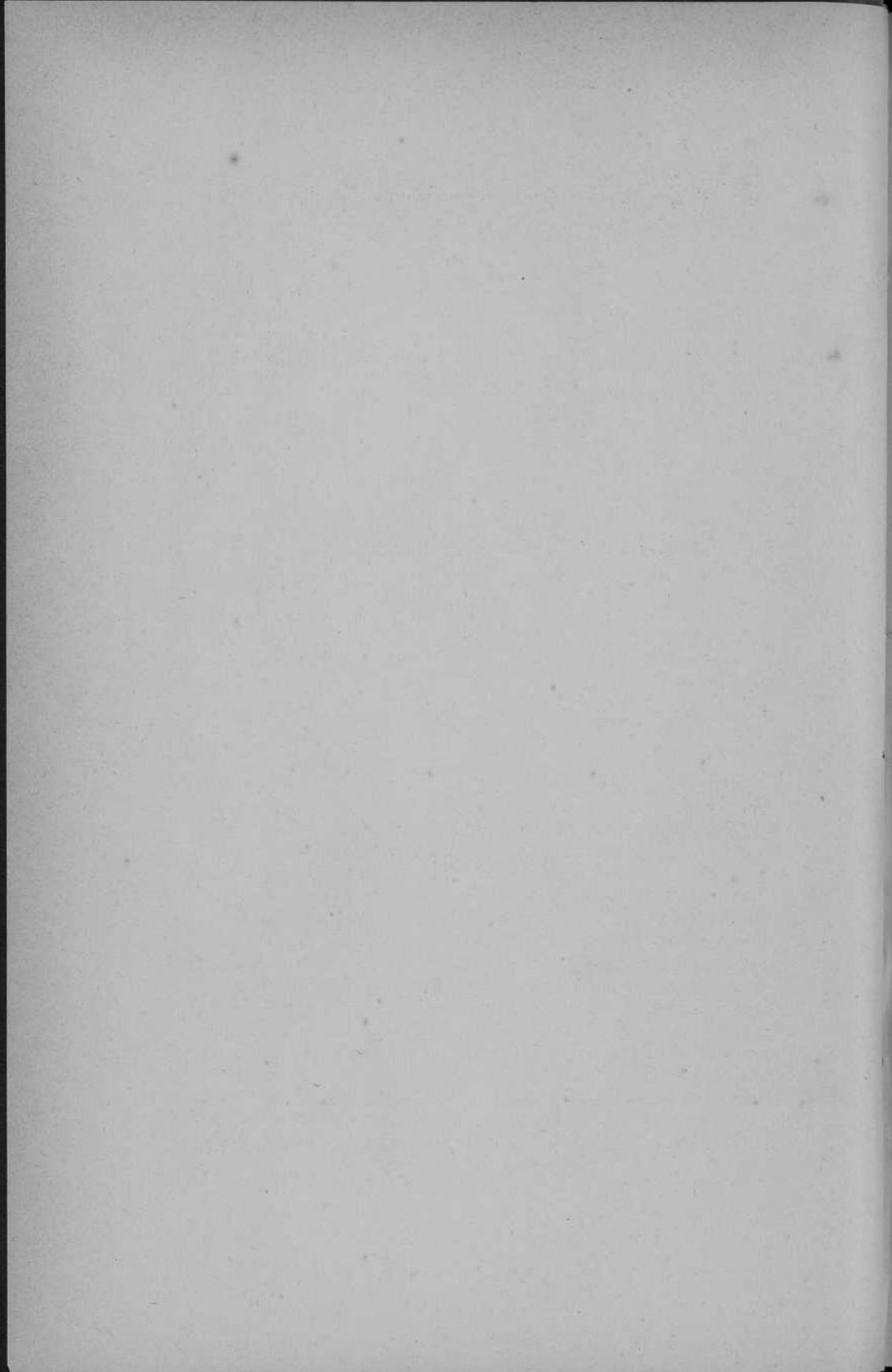
Se escucha solamente el ruido de las gotas de vino que, escurriendo por la bruñida superficie de las mesas de mármol, caen y se deshacen contra el suelo.

Son las lágrimas de la musa gallega; la que inspira nuestras *muñeiras* y nuestras *alboradas*, que gime por el momentáneo olvido de los hombres, y llora al sentirse herida...

TORCUATO ULLOA.

Pontevedra.







## DIFICULTADES GRAMATICALES

### EXAMEN LÓGICO DE LAS LOCUCIONES CONJUNTIVAS

*puesto que y aunque.*

**T**odo el que se precie de buen escritor debe procurar conservar incólume la *pureza y propiedad* de la frase; pero por desgracia estas dos cualidades esencialísimas del lenguaje van quedando insensiblemente en el olvido más deplorable, pues, desde hace poco más de un siglo, el roce con extranjeros, la multitud de libros extraños y las luces que nos han comunicado las naciones cultas de Europa sobre los adelantos que han experimentado las artes y las ciencias naturales, filosóficas y abstractas, nos deslumbraron con su escogido método y brillantez del estilo, que proceden tan sólo de la imaginación y buen gusto del autor; pero que no constituyen el verdadero primor del idioma. Esta gangrena literaria sigue su curso, y cunde con tal rapidez hasta hacer que desaparezca del corazón de los españoles el amor á su lengua patria, y tales proporciones toma, que cada día se altera más y más nuestra hermosa lengua con voces bár-

baras y espúrias, desfigurando las formas de construcción con giros y locuciones exóticas, anfibológicas, vacías de significado y opuestas á la verdadera índole del *castellano castizo*.

Esta barbarie filológica llegará, si no se pone remedio al mal, á convertir en una verdadera jerga el levantado lenguaje español, cual otra *lengua franca*, amalgama de voces heterogéneas, arrancadas á todos los idiomas del mundo, sin ortografía, sin sintaxis, sin giros propios y sin más reglas que el capricho de los interlocutores, á quienes bastan unas pocas palabras para medio entenderse en sus contratos mercantiles.

Las causas, que contribuyen á tan desastrosa decadencia, son las siguientes:

1.<sup>a</sup> La ignorancia que, por desidia ó desdén, reina en la mayoría de los noveles escritores, que no quieren dedicarse á la lectura y estudio de los principios fundamentales de la Gramática, y en especial, á la de los autores clásicos, fuente en donde se adquiere aquel buen gusto denominado *giro castizo*.

2.<sup>a</sup> El poco tino, por la premura con que escriben nuestros modernos diaristas, (1) quienes, no atendiendo sinó á su interés inmediato, dan sus cuartillas á la prensa sin corregir.

3.<sup>a</sup> El orgullo y petulancia de muchos, que, envanecidos por triunfos que obtuvieron en composiciones anteriores, considerándose ya como eminentes autoridades, no tienen reparo en introducir en nuestra lengua voces, giros inusitados y metáforas inadmisibles, cuyos remiendos desfiguran de una manera desastrosa el monumento lingüístico, levantado por nuestros mayores con tan asíduo afán y trabajo, durante el lento trascurso de los siglos; y

4.<sup>a</sup> *La comezón general por traducir sin elección, en algunos, y en los más, la comezón por comer, que no sufre espera, junta con la impericia de casi todos los traductores que hasta hoy han querido hacerse instrumentos para comunicar al público la instrucción extranjera.* (2)

Estas son verdaderas plagas, que atacan y aniquilan nuestra literatura, á la manera que el pulgón y la langosta acometen y estropean los frutos, que, con solícito esmero, cuida el laborioso agricultor.

De las causas enunciadas derivan los *barbarismos*, *sole-*

(1) No tratamos de hacer general este aserto.

(2) De Capmani.

*cismos*, *hiato*, *cacofonía* y finalmente el *neologismo*, vicios que frecuentemente se ven en los escritos modernos, en detrimento de la *pureza* y *propiedad* de la dicción castellana: no nos ocuparemos de los cuatro primeros, puesto que el lector puede consultar los tratados relativos á la materia, y tan sólo haremos una ligera explicación acerca del *neologismo*, porque así conviene, para que se comprenda con más facilidad el punto, que pensamos refutar.

Es moda entre nuestros escritores inventar voces extraordinarias, que, por su peregrino significado, están fuera de la común inteligencia, con el fin de captarse el aplauso público con el aparente brillo de la novedad, procurando, así, deslumbrar á los incautos lectores en pro de su reputación; estos vocablos se llaman *neologismos*, ó sea la introducción de palabras nuevas y aún giros nuevos, sin expresa necesidad para ello.

Los neologismos pueden ser de tres maneras:

- 1.<sup>a</sup> Haciendo una voz nueva, trayéndola de otro idioma.
- 2.<sup>a</sup> Haciéndola nueva, de voces de nuestra propia lengua; pero que se hallen en el uso corriente; y
- 3.<sup>a</sup> Traer al lenguaje corriente palabras y giros anticuados.

En el primer caso, los neologismos reciben el nombre especial de *galicismos*, *anglicismos*, *lusitanismos*, *italianismos*, etc., según la lengua de donde procedan. Respecto á esta clase de neologismos, bien claros son los perjuicios lingüísticos, que ocasiona su introducción, cuando no están autorizados por la necesidad; sólo nos limitaremos á exponer, acerca de la adopción de tales vocablos, las siguientes palabras de Lope de Vega: "esta es elegancia, esta es blandura y hermosura, digna de imitar y de admirar: que no es enriquecer la lengua dejar lo que ella tiene propio por lo extranjero, sinó despreciar la propia mujer por la ramera hermosa.,,"

Así pues, para la introducción de los neologismos, necesita el escritor mucho tino; para mejorar, cuando se innova, es menester mano diestra, pulso seguro, saber lo que se hace y porqué se hace.

Los neologismos, con referencia al segundo caso, pueden ser de dos clases: *compuestos* y *derivados*. Serán compuestos, cuando de dos voces, que sólo se usan separadamente, se forma otra nueva; y derivados, cuando de las palabras primitivas, que están en uso, se hacen derivar otras, que no

lo están: los primeros sólo son admisibles en el lenguaje jocoso, y los segundos, para que puedan figurar en el estilo serio, es necesario que el neologista conozca á fondo el significado de las preposiciones inseparables, tales como: *di*, *dis*, *des*, *re*, *se* y otras, que proceden de origen latino; pero en ambos casos, si los neologismos no han de ser viciosos y por lo tanto inadmisibles, es forzoso que esté ajustada su formación á la etimología y analogía de la lengua; por cuya razón, aunque el aumento excesivo de voces no produce riqueza sinó confusión, no nos atrevemos á proscribir de una manera absoluta la introducción de vocablos nuevos, pues, según dice Horacio "siempre fué y será lícito usar palabras nuevas, si ostentan el sello del uso corriente,, (1) "toda vez que las palabras antiguas van perdiendo poco á poco su vigor, mientras que las nuevas lucen su lozanía juvenil,, (2)

A la tercera clase de neologismos pertenece la abusiva introducción de vocablos y giros anticuados, defecto que tilda la Literatura con el nombre de *arcaísmos*; cuando el escritor se halla de tal manera afectado, que tiene por bueno todo lo que es viejo, cuando ignora los límites hasta donde puede alcanzar el uso de palabras de antigua alcurnia, y cuando no sabe medir el intervalo, que el tiempo y el uso han dejado entre una y otra de igual significación, creyendo hablar *castizo*, hablará *rancio*,, á cuya censura se dirige la tan celebrada fábula de D. Tomás de Iriarte, titulada "El retrato de golilla,,; pero es lícito y hasta elegante emplear algunas veces vocablos antiguos, traídos al lenguaje serio con la debida oportunidad, porque éstos comunican dulzura y majestad á la frase. Algunas voces cayeron en desuso, ignorando los filólogos la causa de su desaparición; pero otras y aún giros enteros, por haber desaparecido las causas, que motivaron su adopción en los primitivos tiempos de nuestro romance castellano, quedaron relegados al olvido, habiendo sido sustituidos por otros más en armonía con el verdadero carácter del lenguaje moderno y sobre todo con la buena lógica, á fin de que la manifestación lingüística esté conforme con la modificación, que experimentó el alma del autor á causa de las ideas adquiridas; en el primer caso se hallan las palabras *magüer*, *fecho*, *tenudo*, *abastanza*, *veer*, *seer*, *copo*, *estovo*, *plogo*, *sopo*, *tovo*, *terrá* ó *tenrá*, *porrá* ó

(1) . . . . . Licuit, semperque licebit

Signatum presenté nota procedere nomen.

(2) . . . . . Verborum vetus interit ætas,

Et juvenum ritu florent modó nata, vigentque.

*ponrá* y otras, en que se ha modificado sus letras con el fin de suavizar su vocalización; en el segundo, las preposiciones y locuciones conjuntivas; *por* en lugar de *para*, (1) *porque* sustituyendo á *para que*, (2) *quien* por *quienes*, (3) *cual* por *cuyo*, (4) y á veces por *que*, (5) *con que* en lugar de *con tal que*, (6) y finalmente el *puesto que* con el vigor de *aunque*, como se observa en varios pasajes de nuestros Códigos antiguos y en algunos, aunque pocos, de Miguel Cervantes de Saavedra, v. g.:

*Puesto que* sea vino su padre. (*Leyes de Toro.*)

Non vos han visto en las Córtes

*Puesto que* Córtes se han fecho.

(*Romancero del Cid.*)

Yo sé Olalla, que me adoras,

*Puesto que* no me lo has dicho.

(*Cervantes.*)

Ahora bien, ¿habrá algún autor tan *rancio*, que se atreva á traer tales expresiones á nuestro lenguaje moderno, sin que deje de ser anatematizado con el punible sello de arcaísta de poco gusto?; sin embargo, no falta, quien, á pesar de su buena reputación de escritor público, diga que es lícito y aun elegante usar el *puesto que* con el valor de *aunque*, (7) pretextando que Miguel Cervantes de Saavedra lo empleó así algunas veces, habiendo sido autorizada tal expresión por la Real Academia de la Lengua en la última edición de su Diccionario. (8)

En cuanto á lo primero es necesario advertir que el célebre autor del Quijote supo sembrar en su incomparable obra con singular tino y maestría voces y giros anticuados, dejando ver bien á las claras el objeto que se proponía, el cual no era otro sino hacer resaltar más á lo vivo lo ridículo de los libros de la antigua caballería andante, como lo prueban las primeras palabras del soneto de Solisdán al Héroe de la novela:

(1) *Por* evitar los fraudes que auía. (Nueva Recopilación.)

(2) *Porque* aquella mejor se guarde. (Id.)

(3) A otras cualesquiera *personas* á *quien* esto toca. (El mismo.)

(4) *La qual* pena no se pueda remitir. (Idem.)

(5) Tengan vn tasador, el *qual* sea obligado. (El mismo.)

(6) Nombren vn depositario... *con que* no sea escrivano. (Id.)

(7) En nuestro "Estudio clásico sobre el análisis de la lengua española" hemos tildado de arcaísmo este modo de decir, según se observará en la página 138.

(8) "*Puesto que* m. conjuntiva, adverst. *aunque*. Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene *puesto que* (esto es, *aunque*) con ella mata, etc. m. conjuntiva causal. *Pues que*, *ya que*. Hágaseme la cura *puesto que* no hay otro remedio; m. conjuntiva continuativa *puesto que* temes ser mal recibido, no vayas."

*Magüer*, señor Quijote, que sandeces  
Vos tengan el *cerbelo* derrumbado,  
Nunca sereis de alguno reprochado  
Por hombre de obras viles y soeces. etc.

Lo mismo diremos de otras tan á tiempo y lugar intercaladas en todo el texto de la obra, como aquellas que dirigió el protagonista de la Historia á los molinos de viento: "*non fuyades* cobardes y viles criaturas, que un sólo caballero es el que os acomete," y, á imitación del Amadis de Gaula, la contestación que dió á la reina Micomicona, después de impetrar de él un don "*yo vos lo otorgo*," y por último se hace forzoso confesar también, que el famoso Cervantes, como dice un escritor, "dejaba á veces correr su pluma, según le llevaba su bella imaginación igualmente fecunda que fácil en todo lo que podía amenizar sus escritos."

MANUEL R. RODRÍGUEZ.

(*Concluirá.*)





## UNA FIESTA EN NOYA, EN 1812

---

Al Sr. D. Francisco Romero Blanco

---

**R**ARA será la ciudad, villa ó aldea, donde no haya una ó más personas de actividad é inventiva reconocidas y, por ende, obligadas á disponer festejos y diversiones públicas y á discurrir el modo de que su *programa* sea entretenido y variado, dentro de los límites de un presupuesto, por lo general, exiguo.

Celébrase en los pueblos de Galicia una fiesta anual al santo patrono; para conmemorar un hecho glorioso, llevado á cabo en tiempos antiguos por sus habitantes, ó por otros motivos; siendo en la actualidad muy preferente el de atraer hacia las frescas y hospitalarias playas gallegas á los forasteros que, de la Corte y de otros puntos de Castilla, acuden á buscar en ellas alivio á sus dolencias, aire puro para sus fatigados pulmones, descanso de las tareas de invierno, ó la mera satisfacción de un capricho.

Esta colonia temporera viene deseosa de cómodo albergue, de alimentación sana y de honestas distracciones, que hagan olvidar, por algunas horas, al enfermo sus achaques,

y al *bañista* menos largos los días y las noches, puesto que de antemano se propuso no pensar en nada serio durante su excursión veraniega. Pero este desiderátum no lo logran los forasteros en Galicia, ni aun á medias. Vuelven á sus hogares, encantados del país, eso sí; pero renegando de los hospederos, de la mala disposición de los balnearios y de los tan cacareados festejos, en que no han visto nada nuevo.

Hemos releído varios *programas* de fiestas, celebradas en algunas ciudades y villas de Galicia durante el último quinquenio, y no nos ha extrañado que, salvo ligeras diferencias topográficas y locales, sean constante repetición unos de otros. *Gigantones y Cabezudos*.—*Función religiosa*.—*Cucañas terrestres y marítimas*.—*Misa de campaña*.—*Diana y retreta* (donde hay tropas).—*Paseos de moda! ó de gala!*—*Corridas de toros* (donde hay plaza y el tiempo lo permite).—*Serenetas marítimas*, más frías que el agua, (donde hay mar).—*Iluminaciones, fuegos artificiales*, (muchos cohetes y bombas de dinamita, si la autoridad consiente estas últimas.)—*Un globo padre* y sus hijuelos, y tal cual *baile de sociedad*, en donde los danzantes sudan el quilo agradablemente.... He aquí, en resumen, el programa obligado de nuestras fiestas, á las que alguna vez vienen á dar importancia la celebración de un certamen literario ó musical ó la erección de una estatua.

Lo más entretenido y curioso de los festejos suele ser el *programa* que los anuncia. Se *estira* y se glosa el texto de este papel de tan peregrina é hiperbólica manera, que, cada *número*, semejante á los carteles que izan en las ferias de aldea los vendedores de *Historias*, provoca en el lector burlona sonrisa, y en el público, al ponerse aquél en práctica, la tan prolongada exclamación, protesta lacónica, pero expresiva de que se le quiera dar gato por liebre.

Mas, en esto de fiestas, es preciso reconocer que nuestros predecesores eran más espléndidos y discurrían más y mejor que nosotros. ¿Qué fué de aquellas solemnes funciones cívico-religiosas, celebradas en las ciudades de Galicia, en las que tomaban parte todas las corporaciones eclesiásticas, civiles y militares y las alegres danzas gremiales pintorescamente vestidas y tan diestras en "jugar las espadas," ó en entrelazar guirnaldas de flores? ¿Y aquéllas suntuosas ceremonias verificadas con motivo de la coronación de los Monarcas, de la elevación al solio de los Pontífices, y las de conmemoración de algún hecho patriótico, todas ellas

solaz del vecindario acomodado y alegría del pobre, bebida no pocas veces en las fuentes de vino gallego, que corría abundante en medio de las plazas públicas?

¿Y á qué han quedado reducidas aquellas famosas fiestas del Apóstol, en Compostela, y las no menos célebres *del Draque* y del Rosario, celebradas en la Coruña, "á las que concurría la mayor parte de la nobleza de este Reino," y en las cuales lucía sus grotescas habilidades *la danza de los corcobados*, única en su género que sepamos existiese en Galicia?

¿Y aquel singular cuadro histórico llamado *El Juan Infante*, que, en la vieja ciudad de Betanzos, acompañaba la procesión del *Corpus*, compuesto de una figura ricamente vestida, ginete en un dromedario, seguida de un rey, y éste, á su vez, de dos caballeros jugando sobre una mesa portátil sendos doblones de oro—representación, sin duda, de las grandes riquezas y generosidad del príncipe;—grupo que, separándose repentinamente de la procesión, se dirigía á la puerta de cierta casa de la calle de Herrerías donde el dromedario llamaba "á coces," hallándose los inquilinos en la obligación de bajar á abrir á la comitiva y tenerle preparado agua, salvillas, servilletas, etc. como para recibir y hospedar al egregio extranjero? ¿Recordaría quizá esta costumbre, subsistente aún á mediados del siglo XVIII, la venida á Betanzos del príncipe Isúf, tío del último rey de Granada, de quien se dice falleció en aquella ciudad en el año de 1513, víctima de la peste que, por entonces, dieztaba sus habitantes?

Y aquellas cocas ó tarascas, penlas ó penliñas....

Pero abandonemos estas disquisiciones históricas de remota época, y vengamos al período más glorioso é interesante de la historia de Galicia, al de la guerra de la independencia, y constitucional de 1810 á 1813.

Tres años transcurrieran desde que los heroicos paisanos gallegos habían arrojado de su territorio los ya diezmados ejércitos de Soutl y Ney; pero las tropas napoleónicas ocupaban aún la mayor parte de la península. Las ideas patrióticas habían engendrado las liberales, con las que llegaron á confundirse. La nunca bastante admirada constitución de 1812 contaba en Galicia numerosos parciales, aún entre el clero más ilustrado y en los pueblos de corto vecindario; y á pesar de la terrible y poco leal oposición que la mayoría de los eclesiásticos, los partidarios del antiguo régi-

men y los perjudicados con las recientes innovaciones hacían á las modernas ideas, el entusiasmo constitucional rayó en delirio en muchos pueblos de Galicia; entusiasmo digno del mayor respeto, como también los nobles ciudadanos que creían ciegamente que sólo en el exacto cumplimiento de los artículos consignados en aquel "sagrado código," estaban la salvación de la patria, el sepulcro de sus pasadas desdichas y la inauguración de una era de prosperidad y engrandecimiento. ¡Cuánto valor y qué ardiente patriotismo y fe sincera tenían en sus ideales, y cuántos sacrificios hicieron y cuánto talento derrocharon en pro de tan nobles causas aquellos ilustres gallegos de los años 1808 al 13 y aún los de 1820 al 23! ¡Y qué vergüenza que apenas sean conocidos algunos pocos hechos y nombres de los que la fortuna, la osadía, la intriga, y pocas veces el verdadero mérito, hicieron prevalecer sobre aquella multitud de héroes y sabios tan modestos como ignorados!

Corría la segunda mitad del año de 1812 y era Jefe superior político y Comandante General de la provincia gallega—y como tal, Presidente nato de la Junta Superior de este Reino, disuelta en el período de su presidencia—el General Marqués de Camposagrado, antiguo miembro de la Junta Central, paisano y compañero de Jove-Llanos y amigos ambos del famoso Obispo de Orense, D. Pedro de Quevedo y Quintano, Presidente del primer Consejo de Regencia. Tratáronle los gallegos, al principio, con afecto, hasta olvidar que él y su ilustre paisano habían puesto en manos del Obispo-Regente la célebre querrela contra la Junta Superior de Galicia, por ciertas desatenciones recibidas de ésta, á su arribada al puerto de Muros, en Marzo de 1810, por varios individuos de la disuelta Junta Central, dando lugar el hecho á serios disgustos que, en la excepcional situación en que se hallaba entonces Galicia, estuvieron á punto de originar "la separación de este Reino del cuerpo del estado español," si los que por entonces dirigían este valiente pueblo hubieran tenido menos prudencia y patriotismo.

Apático por carácter el Marqués y poco devoto del nuevo orden de cosas, se hizo pronto sospechoso á los liberales gallegos; y fueron tantas y tan justificadas las quejas que contre su gobierno y administración se elevaron á las Cortes, que aquéllas concluyeron por deponerle de su cargo. El Marqués llevaba las más cordiales relaciones con la Junta Superior del Reino, de que era Presidente, según se ha di-

cho, y que estaba, en sus postrimerías, entregada á los vocales señores López de Ballesteros y Conde de Vigo, ambos enemigos declarados del nuevo sistema.

No obstante la oposición del alto clero y de los partidarios del antiguo orden de cosas, y la estudiada morosidad de las primeras autoridades, varios Ayuntamientos de las ciudades y villas de Galicia, por iniciativa del vecindario, se adelantaron á organizarse constitucionalmente y á publicar y jurar la Constitución política de la Monarquía española, solemnizando este acto, el más trascendental en la historia de nuestras libertades, con todo género de fiestas y regocijos públicos.

Entre las celebradas con tal motivo en Galicia, en los años de 1812 y 1813, sobresalen por su originalidad y sabor pagano las verificadas en la villa de Noya, los días 20, 21 y 22 de Septiembre de 1812, ideadas y dirigidas por su ilustre Alcalde-Presidente, Lic. D. Manuel Silvestre Armero, escritor y poeta latino y castellano, notable economista (1) y uno de los infinitos cuanto olvidados patriotas que, tres años antes, había trabajado por la libertad de su país natal y la independencia de la nación española, activamente secundado por el Ayuntamiento de la Villa (2).

Al remitir testimonio de la publicación y jura de la Constitución, ofició el Ayuntamiento de Noya al Comandante general del Reino lo siguiente: "Este acto, solemnizado con todo el decoro que las circunstancias del día y de este país pueden ofrecer, ha presentado á la patria el testimonio más auténtico del ardiente amor de que están animados estos fieles habitantes: amor que no es fácil describir y que siendo lo más esencial en esta solemnidad, cualquiera relación que de ella se haga siempre será diminuta. Un pueblo inmenso de naturales y forasteros ha seguido constantemente al Ayuntamiento en todos sus pasos, haciendo unos sus sentimientos con los de este Cuerpo, y llenando el aire de vivas y aclamaciones á la voz del Magistrado de..... viva la Nación, el Rey y la Constitución.....

"Hablaban el corazón en todos; por esto la frialdad y

(1) En 30 de Enero de 1810 el Lic. Armero presentó á la Junta Superior de Galicia un *Plan de préstamos y contribuciones*, que mereció grandes elogios de aquella docta y patriótica Corporación.

(2) Componían el Ayuntamiento constitucional de Noya en este tiempo los señores siguientes: D. Manuel Armero, Presidente; D. Esteban Campero y Leys, 2.º Alcalde y los Regidores D. Alberto Antonio Torrado, Felipe Antonio Tambeiro de Castro, Jerónimo Martínez Sarmiento, Alonso Rodríguez Juan Felipe de Hombre y Varela y Remigio Núñez.

languidez no han tenido parte en este grande y común regocijo. El Ayuntamiento, que conoce el carácter del pueblo que rige, ha movido todos los resortes para poner en acción estos sentimientos patrióticos, que renovaron en esta villa los días felices de nuestra gloriosa revolución, y prepararon á sus naturales para sacrificarse de nuevo por la patria.,,

¡Nobles y levantadas expresiones, eco fiel de las ideas de un pueblo libre, valiente y patriota, dignas de ser imitadas por todos los de Galicia adoptándolas á los tiempos y circunstancias presentes, si ha de ponerse coto á la excesiva ingerencia del Estado en los asuntos regionales, provinciales y municipales, y remedio á los estragos de la baja política y del caciquismo, ruina, á la larga, de los pueblos!

Por no ser menos digna, respetuosa y patriótica la representación elevada á las Cortes por el Ayuntamiento de Noya, al remitirle un ejemplar impreso de la "Relación de las fiestas,," redactada también por su ilustrado Presidente, señor Armero, la reproducimos, copiada literalmente del original. Dice así:

**"SEÑOR:**

Cuando la ínclita Nación española celebra con públicos regocijos la época feliz de su restauración; cuando este Pueblo de héroes, postrado ante las aras de la divinidad, jura al Dios de sus Padres guardar la constitución política de la Monarquía sancionada por V. M.; el que tiene la suerte dichosa de pertenecer á esta gran familia se llena del más noble orgullo; y su corazón, exaltado por el patriotismo, bendice una y mil veces al soberano Congreso nacional, que, á costa de tantos desvelos y fatigas, le restituye á aquella grandeza y dignidad que han disfrutado nuestros Padres en los mejores siglos de su gloria.

Sólo V. M., adornado de una sabiduría sublime, pudo mudar la faz, sin lastimarla, á una Nación amante de sus antiguas instituciones, celosa de sus respetables costumbres y férrea en lo que ha admitido una vez. Sólo el infatigable celo, la constancia y la profunda meditación de los ilustres Padres de la Patria pudieron llevar al cabo la grande obra, que desenvuelve é impide por siempre los lazos del despotismo y la ignorancia, unidos hasta aquí para esclavizar la Nación más fiel y generosa.

Esta es la gran maravilla de la Constitución Española; nombre que aterraba á los pusilánimes, que llenaba de recelo á algunos sabios, y que era el pábulo de las maquinaciones de los malévolos é intrigantes. Sobre el horizonte español aparece, como el Sol de la mañana, el gran libro en que se fija la feliz suerte de la Monarquía: igual á densa niebla que se disipa á la presencia del brillante astro, así cesaron las disputas, los temores, y las tramas. Doctos é indoctos, grandes y pequeños abrazaron unidos el augusto Código, que, afirmando el trono en la justicia, consagra los derechos imprescindibles de la Nación; y, llenos del más alto respeto, admiraron esta suprema Ley del Estado, que marca y dirige al bien común los poderes públicos. Entonces penetraron hasta el encumbrado Solio del Altísimo los votos y acciones de gracias del Pueblo español por la felicidad de la patria y de sus dignos representantes.

Señor: El Ayuntamiento de la antigua Villa de Noya, en la provincia de Santiago de Galicia, poseído de estos mismos sentimientos, y testigo del acendrado patriotismo de los habitantes de este bello país,

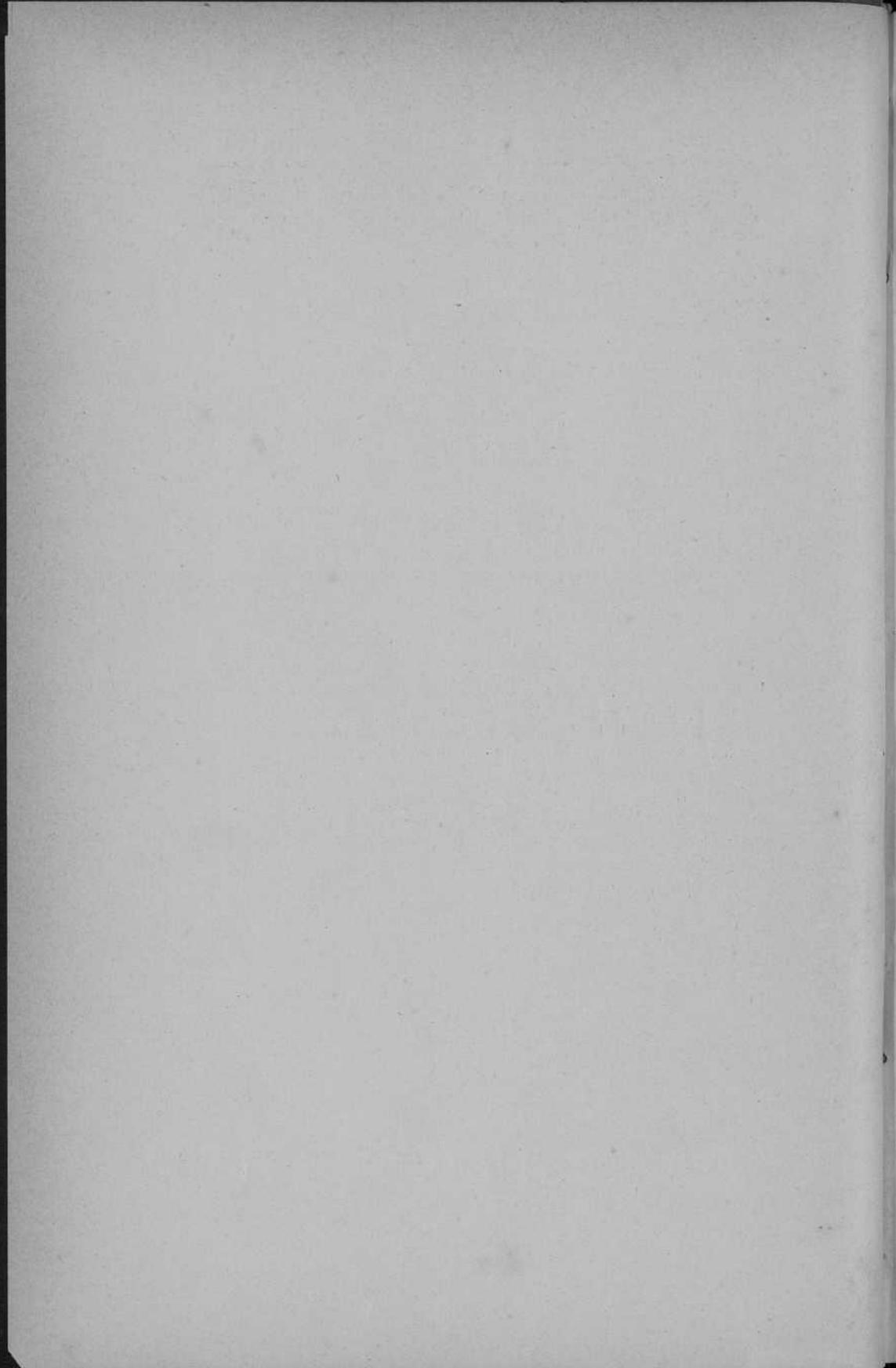
Suplica á V. M., se digne admitir el testimonio humilde y reverente de su obediencia á los Soberanos decretos, y de la sinceridad de su corazón, que han desahogado en parte, solemnizando con aquél aparato y dignidad, que las circunstancias presentes han permitido, la publicación y jura de la Constitución política de la Monarquía, los días 20, 21 y 22 de Septiembre, según manifiesta el adjunto impreso.—Ayuntamiento de la Villa de Noya, 1.º de Octubre de 1812—Señor.—Manuel Armero.—Estéban Campero y Leys.,

La *relación* de aquellas brillantes y originalísimas fiestas indemnizará con ventaja al lector de la molestia ocasionada por este largo y mal pergeñado introito.

MARTÍN SALA.

*Continuará.*







## AYER Y HOY <sup>(1)</sup>

### AYER

CASTILLO DE PICALQUÉS, 11 DE AGOSTO DE 1860

—Vosotros los del castillo  
de altas y fuertes murallas,  
que al pie velais de la almena  
vuestro pendón de las Barras;  
las puertas, si os place, abridme,  
que traigo larga jornada  
y de mis hombros la lira  
descolgaré sin tardanza  
para cantaros los hechos  
de vuestros hermanos de armas  
en Sicilia y en Atenas,  
en Nápoles y en Calabria;  
porque yo soy el cantor  
de las glorias de mi patria.  
—Id, y el puente levadizo

(1) Traducción de Balaguer.

bajad presto, y dadle entrada...  
Bien venido el trovador  
de las glorias de su patria.

### HOY

—Venid á mí, si quereis  
saber historias pasadas;  
que os he de contar las glorias,  
las conquistas, las hazañas  
que lograron vuestros padres  
bajo el pendón de las Barras,  
cuando por mar y por tierra  
triumfante le paseaban,  
siempre conquistando reinos,  
siempre ganando comarcas;  
que es muy rica nuestra historia  
en hechos, en letras y armas,  
y yo soy el trovador  
de las glorias de la patria.

—Vete á cantar á otra parte  
tus historias y antiguallas.  
¡Mala peste para el bardo  
que sólo consejos canta!

EMILIO ALVAREZ GIMÉNEZ.





## A PILLO, PILLO E MEDIO

—

—¿Quén quer fanecas?

N-a Cruña, ¿quén non coñoce à *Bolera*?

Pequeneira, d'azuados ollos e rubia crencha, saya corta pr'a locir os zapatos, sempre novos; con mais aires n'os cadrís, q'unha minueta en mar picada, e c'o ese aire bulron, maleante de pillete coruñés, disposta sempre á inventar un chiste, como á soltar unha andanada que pare en seco ô mais esclavado matalote, cruzando, co-a banasta n-a cabeza, ruas e mais ruas, vendendo peixe, e deixando tras d'ela olor á marisco, cal racha de bris marina que nos fai recordar d'aqueles currunchos que tan ben describe o poeta:

*Baixo d'o monte  
veira d'a praya  
n'un recodiño  
que fai o mar.*

Pr'o forasteiro que chega á Marineda e gustalle observar os tipos populares, é *Bolera* unha d'as que primeiro chaman á atención entr'as d'a sua crase.

Goapa, ben portada, sin ser tan porca como a *Sartén* e

comparsa, teñen os seus chistes, inda os mais rubidos de color, certo inxeno, certa gracia especial, que fan rir.

—¿Quén quer sardiña bulindo?.....

—¿Quén quer maragotas?.....

E non para, nin acouba, sempre de bon humor, topando pr'a todo salidas inxeniosas, ó ciscando miradas e sorrisas, que non falta quen se degore por eles, cousa que non é d'estrñar porque, ¿qué coruñesa deixará de ser mirada con ollos cobizantes?

Y eiquí, si eu fœra d'esos esquirtores de pastafloa, que están chorando por cada milindrinada, ¿qué ven vendría un pouco de romanticismo ou unha presa de xeremiadas!

Eiquí; aquilo de decir qu'os seus ollos azues son o mar e que n-eles navega o Dios Cupido!.....

Eiquí; ó de finxila namorada d'algun garrido mariñeiro, e describila aló n-o apardecer cand'o mar se tingue de azul e rosa c'o sol poñente, de codos n-o muelle d'o pescado ou n-a praya recostada contra unha varada buceta, ollando á caron d'o Castelo de San Diego, esperando que volte o seu mariñeiro carenarlle a vía que lle abreu n-o curazón, co-a marcha, e crendo oubir n-as ondas vagorosas que con doce salayar morren n-a praya, ou n-a bris que troulea co-os seus roxos cabelos, os solayos d'o seu noivio.....

¡Pro Dios me libre de tal! non me demande por inxurias, ou me arme un caloteo cando me colla á xeito, por andarlle remexendo n-o armario d'os seus sacretos, sin permiso d'a sua boa voluntá, y ademais, qu'eu non sei si é de mar ou de terra ó que ll'entran n-o curazón, nin si lle fai falta ou non a carena.

O menos que me podía soceder é que, si algunha vez se me iba á lingoa, que á outros mais se lle foi, e lle preguntaba:

—*Bolera* ¿á como dál'as sardiñas?—me contestase con ollos lagarteiros:

—¿Quer que ll'as leve á casa?.....

E anqu'eiquí poidese contar contos e mais contos, que de boca en boca corren por todol'os coruñeses, teño que calarme porque don Andrés de fixo non m'os pubrica por medo á xente timorata, que non dubidou en chamarme Zola gallego pol'os inofensivos contos d'o meu último libro.

Pro antes de acabar, refirirei un, que si é d'os menos gracchosos, por mais que sea bastante, ten a virtú de ser o mais maduro, ou, como quen dí, o menos verde.

C'unha cesta de langosta, topouse certo día, n'unha calle, c'un crego, que si non era d'os que gardan o alzacuello, com'o qu'estes días refiren os pródicos d'a Cruña, era amigo d'a divertición ou pol'o menos mareador de oficio e, c'o gallo de rirse d'ela, perguntoulle:

—¿A cómo das as langostas?.....

—A tanto.....

—Pro mira, muller, téñenche cornos..... ¿cómo é esto?.....

Mirouno a *Bolera*, pousou a banasta n-o chan, e co-as maus n-os cadrís, díxolle con zumba:

—Veña pr'acó que ll'ei contar un conto.

Unha vez topáronse dous cregos á cal mais... xa me entende.

Un d'eles, non sei si porque era tatexo ou si por faguer bulra d'o outro, perguntoulle:

—¿Can.....can.....cando viñeches?..... e contestoulle o outro:—as, no.....as, no..... as nove.

Conque, si quixo, xa me entendeu..... adios—e pondo a banasta n'a cabeza, marchouse pol'a rua endiante berrando:

—¿Quén quer langostas?.....

HERACLIO P. PLACER.





## ¿QUÉ É UN COMITÉ?

---

Congrega, o cacique, dos seus ós millores,  
de mayor infruxo, riqueza e poder,  
que conten na aldea con mais eleutores,  
e poidan de còte darlles de beber.

Honrados *co empreito*, os probes labregos  
acoden alegres tal xunta á formar;  
van ós votos, loitan, pasan mil trafegos  
que ó fin, tarde ou cedo, teñen que mandar.

Namentras gobernan os do oposto bando,  
todos dan os cargos, dispoñen sin dór,  
co prousimo trunfo dinoite sonando,  
repreto de mando, prestixio e favor.

Por fin, os seus veñen, y enton o cacique  
ponlles o pé enriba, reasume o poder,  
tenlle sin coidado que a xunta pedrique  
y autónemo sirve tan soilo á quen quér.

—¿Y-les volven?...—Volven: ó caer, de novo,  
forman outra xunta todos â boa fé...—  
—Pro eso é na aldea.—Tamen é no povo,—  
—Pois vállate xuncras co tal comité.—

M. MARTÍNEZ GONZÁLEZ.

---

N'O ALBUM D'A MIÑA FILLA

---

Así coma n'un xardin  
É por todos elixida  
A rosa mais recendente,  
Anque non seya bunita:  
Así n'o mundo, tamen,  
É d'os homes perferida  
A muller que mais vertudes  
Atesoura, miña filla.

ROXELIO LOIS.





## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS (1)

---

*Follatos*; por D.<sup>a</sup> Filomena Dato Muruais.—*El Río Lerez*; por don Luis de la Riega.—*Contos, lendas e tradicións*; por don Heraclio P. Placer.

**N**o respondería la revista GALICIA al objeto principal que se propuso su ilustrado director, Sr. Martínez Salazar, al reanudar su publicación, si no fuese fiel reflejo de los adelantos intelectuales que de pocos años acá se observan, á Dios gracias, en nuestra región, y que, en la actualidad, son dignos, por su importancia y trascendencia, de detenido estudio y de atención preferente.

En estas páginas, en donde habrá de llevarse con toda normalidad la cuenta corriente del resultado que arroje á lo sucesivo el movimiento literario en Galicia, justo es que tengan un lugar reservado los frutos del ingenio y del talento, para que la crítica imparcial pueda juzgarlos, aunque sólo sea á la ligera.

No es necesario manifestar aquí la pauta á que estas notas habrán de ajustarse. Resulta todo eso tan viejo y tan

(1) En esta sección se hará el juicio crítico de las obras, de que se envían dos ejemplares al director de esta revista.

gastado ya, que la mayoría de los lectores no cree en protestas de imparcialidad, llenas de ofrecimientos que no han de cumplirse y de esperanzas que no han de realizarse.

En estas revistas bibliográficas tendrá la verdadera modestia seguras benevolencias; el talento frases de admiración y respeto, y la vana presunción razonadas censuras y merecidas severidades. Afortunadamente para todos, esta sección se inaugura bajo los mejores auspicios; que siempre es más grato elogiar con justicia, que reconvenir con sinceridad.

Los libros gallegos—como quien dice de casa—recientemente publicados, han sido muchos y algunos muy notables.

Aun prescindiendo de *Follas de papel*, del ilustre poeta Sr. García Ferreiro,—cuyo estudio crítico ha hecho en el primer número de esta revista el distinguido escritor señor Tarrío García—han salido de las prensas obras tan merecedoras de plácemes como *Rimas*, de Bércia Caballero; *Los Guerrilleros gallegos de 1809*, de Pardo de Andrade; *Primitias*, de Cabeza León; *Follatos*, de Filomena Dato Muruais; *El Río Lerez*, de Luis de la Riega, y *Contos, leudas e tradicións*, de Pérez Placer.

No hay para qué hablar de los tres primeros, porque está hecho su mejor elogio con sólo decir los nombres de sus autores y advertir que proceden de la *Biblioteca Gallega*, que, con acierto verdaderamente asombroso, dirige el señor Martínez Salazar.

En cuanto á los otros tres, corresponde el primer lugar á *Follatos*, de la señorita Dato Muruais; lo impone un deber de galantería, ya que aquí son imposibles privilegios de otro género.

\*  
\* \*

*Follatos*, como la autora ha querido que se llamase su colección de versos gallegos, no es, en verdad, el título que mejor cuadra á obra en que figuran composiciones tan sentidas como *Diol-empare* y *Morriña*. No *Follatos*, sinó ramo de perfumadas y olorosas flores debieran titularse las composiciones poéticas de la laureada poetisa orensana.

La inspiración y la ternura, que derrocha la señorita Dato Muruais en sus composiciones; todo cuanto es bello y hermoso; cuanto se presta para ser ataviado con el primoroso ropaje de las imágenes poéticas; cuanto puede engalanarse

con las variaciones artísticas de la rítmica, y cuanto es merecedor de los halagos de la poesía, todo tiene honroso lugar en las páginas de *Follatos*.

En algunas de las poesías que contiene el libro—libro gallego al fin—palpita el culto que, con pujos de fanatismo, profesan los hijos de esta región á su país natal. ¿Quién, lejos de Galicia, no siente, como el protagonista de *Morriña*, la nostalgia, al verse ausente de los *soutos* que rodean en verano doradas olas de espigas, y al encontrarse lejos de su *acurrunchada* aldea? No es de extrañar que el emigrado gallego sufra hondas *saudades*, cuando se acuerda de esta tierra, en donde los *regueiros*, corriendo por entre *follatos*, saltan y *troulean*, y en donde la naturaleza luce sus mejores galas y se adorna, coquetuela, con todos los colores.....

Si la señorita Dato Muruais no tuviese la fama que le han dado los laureles legítimamente alcanzados en públicos certámenes, bastaría, para conquistarla, la composición *Lucía*.

Justo es confesar que Lucía, la pobre Lucía, que, aunque libre como los pájaros, es pájaro sin nido, se hace al lector simpática, desde luego. ¿Qué culpa tiene ella, la infeliz, de haber nacido en el lodo, sucia ya con la mancha de la culpa ajena? Sin comprender siquiera su desgracia, pasó la vida cantando; nunca respiró la perfumada brisa de la pureza, ni conoció tampoco el verdadero valor de la honra..... Pobre flor, criada entre fango, todos la pisotean sin compasión, al encontrarla en medio del camino..... ¿Qué extraño que, aún en capullo, esté ya roída de los gusanos?

Hay, sin embargo, en el libro de que se trata, algo que, ya que tiene fácil remedio, debe la autora corregir en los sucesivos.

Si pusiese más cuidadoso esmero en la forma de las composiciones que aquél contiene, y emplease con más parquedad los adjetivos, y muy especialmente los que son en todo castellanos, sería *Follatos* uno de nuestros buenos libros de poesías gallegas.

El día que la señorita Dato Muruais dedique toda su inspiración á Galicia y nada más que á Galicia, y se alegre con nuestras alegrías, y sufra con nuestros sufrimientos, y ensalce nuestras bellezas, y cante nuestras costumbres..... el día que la poetisa orensana publique un libro esencialmente gallego, que sea todo nuestro, lo que suele decirse gallego

*enxebre*, ese día la autora de *Follatos* será la continuadora del renacimiento iniciado por la gran Rosalía, cuyo recuerdo vive perennè en nosotros y cuya memoria guardarán siempre sus obras inapreciables.

Hágalo así la señorita Dato Muruais, pues condiciones más que suficientes tiene para ello.

\*  
\* \*

Lógico y natural es que, á un acto de galantería, siga otro de respeto.

Por eso merece el segundo puesto en estos apuntes el importante libro, que acaba de dar á luz el Sr. D. Luís de la Riega, bajo el título de *El Río Lerez*.

Forma esta nueva obra del atildado escritor pontevedrés un concienzudo estudio del célebre río que hace de las inmediaciones de Pontevedra un paraíso de incomparable belleza; contiene, además, curiosísimos detalles acerca de su origen, el de su nombre, fuentes de su nacimiento, sus afluentes y sus cascadas; descripción de sus pintorescas márgenes; tradiciones y costumbres gallegas y leyendas de sucesos ocurridos en las orillas de aquel celebrado río.

Cuanto hayan leído algo del señor La Riega saben la corrección de estilo y el esmero y gusto especial con que presenta las producciones de su privilegiado talento y rica fantasía.

El libro, ya de suyo interesante y ameno, hácenlo aún más, si cabe, la lozanía de la frase, la virilidad del concepto y la exuberancia de imaginación, como dice muy acertadamente en el prólogo el señor González Besada (don Augusto.)

Unase á todo esto la vastísima erudición del autor y un criterio sano, propio sólo de quien, como él, observa y estudia, y se comprenderá lo que vale esta obra.

No es preciso señalar aquí cuales son los trabajos más notables del libro. Si fuese necesario, habría que designarlos todos, pues todos lo merecen.

El titulado *Las Pullas* reúne tales condiciones de novedad y tales maravillas de descripción, que ha de haber pocos trabajos de este género en Galicia que puedan, no ya superarle, sino igualársele.

Si es verdad que esta obra honra é inmortaliza al río

Lerez, también lo es que honra igualmente al señor La Riega.

Libros como el de que se trata son los que hoy precisa Galicia, para que puedan ser admiradas sus bellezas inagotables por los que no las conocen. Calcúlese, pues, el inapreciable servicio que el señor La Riega ha prestado á nuestra región, y muy en especial á la hermosa provincia de Pontevedra.

\*  
\* \*

Y ahora, para concluir, digamos algo del libro del señor Pérez Placer que, aunque en estas notas es el último, tiene méritos más que suficientes para ser el primero.

Si hubiese necesidad de juzgar en pocas frases *Contos, leendas e tradiçións*, bastaría con decir que es una obra excelente, acreedora á los mayores elogios y digna de toda clase de alabanzas.

¡Que es algo naturalista!.... dirán, asombradas de la anterior afirmación, algunas almas cándidas. ¿Y qué? Pues si no fuese así, dejaría de ser obra gallega, y hay que convenir en que lo es por los cuatro costados.

El naturalismo de Pérez Placer no es el naturalismo que degenera en porquería y hace apartar del papel la vista con repugnancia aún á las personas menos timoratas: es el naturalismo de la realidad. En las páginas de *Contos, leendas e tradiçións* todo es real, todo es ingénuo, todo es positivo, todo es verídico, y por consiguiente todo es natural, *todo es gallego*.

¿Hacen falta pruebas? Pues fijaos en ese *Auxelo* de *Corpo sin alma*, y decidme, en conciencia, si no tiene razón sobradísima el autor para decir al final de esa primorosa historia, llena de verdad y de vida, que existen como *Auxelo* muchos hombres en el mundo.

De corte original, como no se ha visto aún ninguno en gallego, es el jugueteo titulado *¡Fillo!*.... Ligero, bien escrito y mejor pensado, puede llamarse una verdadera preciosidad. Oid á esa pobre madre, que pasa la noche en vela, mientras el hijo, á quien espera llena de sobresaltos, anda de *riola* hasta el alba:

No.... ya no puedo aguantar más: quiero esperarlo para llamarle cuantas hay..... *gandaineiro*, saber que su madre no descansa mientras no lo ve en casa, y él, á lo mejor, meti-

do..... ¡Dios sabe dónde! Nada, nada, así que venga, hay que leerle la *cartilla*..... no, pues..... ¡vaya que no faltaba más!..... ha de saber quién es su madre..... se hace preciso cantarle las del barquero..... ¡Pensar que á tales horas estará en la taberna!..... No, esto no lleva traza..... ¡Si aun es poco, cuando venga, retorcerle el pescuezo como á una gallina!..... Ya sube..... ya llega..... dejadlo entrar.....

Y la tía Marica, al ver á su hijo tambaleándose con la borrachera, con la ropa toda sucia y llena del lodo de las *congostras*, quiere llamarle mil y una, y con el entrecejo fruncido, discurriendo el insulto más grande, la ofensa más atroz, el mayor escarnio, la injuria peor, el *alcume* más bajo, echa á su hijo los brazos al cuello y ahogada por las lágrimas exclama: ¡*Fillo..... meu fillo!*.....

Esta tiernísima conclusión inesperada, en la cual va envuelto todo un mundo de cariños y toda una serie de convenciones, encanta por su naturalidad y sencillez.

Tal vez haya quien encuentre algo atrevido el juguete titulado *Còregas*.

Será todo lo que se quiera, pero puede asegurarse que el contenido de esas dos docenas de líneas en prosa es real en todo. ¿Que la moza, al decir lo que dice, demuestra perversión moral? No hay semejante cosa. Lo que demuestra con esa ingenuidad es su inocencia y su candor; candor é inocencia campestres que, si en las aldeas pasan como moneda corriente de buena ley, en las ciudades pudieran ser motivo de escándalo ó, cuando menos, causa de asombro. Quitad á la vida campesina su inocencia y habréisla despojado de lo que constituye su mayor atractivo y su mayor encanto.

En el libro de Pérez Placer todo es gallego: el lenguaje, los asuntos, el corte, la factura, todo.

*Farruco* es un cuentecito muy ingenioso y muy bien hecho, aun con lo que tiene de inverosímil y todo; ¡*Ourenseño, meu Ourense!*, un canto que el autor dedica al nido de sus amores, á la ciudad bendita que arrulla el Miño y riega el Barbaña, y ¡*Rillote!* tiene mucho más que lo necesario para ser considerado como una narración fresca, hermosa, notable por todos conceptos. Aquel encuentro de Bastiana con el *rapasote* que, descalzos los pies y la cabeza descubierta, baja por la *rua* de las Huertas, de Compostela, cantando entretenido y sin fijarse en la *rapariga* que le acecha; aquella naturalísima escena entre el pillabán del muchacho y las la-

vanderas del río de los Sapos; aquellas peripecias que les suceden á los dos granujas cuando, ya en el pinar del monte, comienzan la caza de los grillos; aquel disputar de uno y otra por cosas insignificantes, todo está tan magistralmente escrito y tan realmente expresado que *Rillote!*... puede tomarse como modelo de narraciones gallegas.

Y no cito más trabajos porque, si quisiese citar los que son buenos, veríame obligado á citar todos los que el libro contiene.

En cuanto al conjunto de *Contos, leendas e tradiçions* hay que decir sin rebozo que es notable. Y lo que es aún más extraño, obsérvase que el estilo está tan adaptado á las circunstancias de la narración, que ya no puede pedirse más.

La nota alegre mézclase con la apasionada; el humorismo confúndese con la ternura; la socarronería únese á la humildad; la astucia y la malicia enlázanse con la simpleza y con la mansedumbre; al lado de lo tosco lo ideal; junto á la picardía la inocencia, y á lo que dignifica y enaltece sigue lo que rebaja y desprestigia...

¿Habrás visto nunca más armoniosa variedad?

Bajarse á recoger el fango y el lodo del vicio, y, luego, con arte y con maña, separar lo que mancha de lo que da brillo, y encumbrar hasta el pináculo de la sublimidad lo que engrandece y eleva, sepultando en los abismos de la degradación lo que envilece y deshonra, dígase lo que se quiera, lejos de constituir un acto censurable, es una obra meritoria.

Por eso merece plácemes entusiastas el Sr. Pérez Placer, de quien, por lo mismo que vale, hay que esperar mucho.

Hasta ahora podíamos decir que contábamos con buenos poetas: hoy hay motivo para afirmar que tenemos también excelentes prosistas.

Que no se duerma el señor Pérez Placer sobre sus laureles, es lo que debemos pedir los que presumimos de amantes de Galicia.

EULOGIO DRIDAREZ.

LA COMERCIAL:

*Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer*

REAL, 61.—LA CORUÑA

1892